



CONTENIDO

EDITORIAL	3
LAS DESACERTADAS POLÍTICAS ECONÓMICAS DE ESPAÑA EN LAS COLONIAS DEL NUEVO MUNDO Guillermo Arosemena Arosemena	5
SICOSEO: NOSOTROS LOS SETENTEROS Y LA MODERNIDAD POPULAR (Palabra contacto y rumba de un núcleo cultural de guayacos) Willington Paredes Ramírez	16
LAS ESPOSAS DEL MARISCAL JOSÉ DE LA MAR. 1822 Pedro Reinoso Garcés	36
“NO HAY NADA QUE CAMBIE MÁS LA VIDA DE LAS PERSONAS QUE LA LECTURA DE UN BUEN LIBRO” Marigloria Cornejo Cousín	38
ANTROPOLOGÍA DE LA POBREZA Rodrigo Murillo C.	40
INSTANTÁNEA CON OLOR A CACAO Martha Chávez Negrete	45
ENTRE BOLICHAS Y CASAS VIEJAS Ramiro Molina Cedeño	48

CEIBA MANABITA



Foto c3rtesia de 3ngel Loor Giler

La Deontolog3a, relaci3n surgida desde lo m3s profundo de la 3tica, tiene vigencia plena en el ejercicio de cualquier profesi3n u oficio; y la 3tica, como ciencia, debe normar la ejecuci3n de cualquier actividad humana.

La Historia, el historiador m3s precisamente, requiere ineludiblemente de la impronta de la 3tica en el desempe3o de sus actividades investigativas y en sus publicaciones, m3s all3 de una natural tendencia pol3tica que se puede adivinar en sus juicios.

Esa delgada l3nea, esa frontera que no debe ser traspasada, est3 representada en el centrarse 3ticamente en la verdad de lo investigado y obligarse a publicarlo as3, a despecho de una l3nea partidista o creencia pol3tica o econ3mica que intente inducir al autor a alterar la verdad por conveniencia.

En el historiador obra con exigencia may3scula esa norma deontol3gica. Es una profesi3n riesgosa, riesgo que aumenta cuando se es le3do por multitudes ansiosas de formaci3n; por ejemplo, alumnos de colegios o de universidades, puesto que, si se faltare a la verdad, si se enuncia sin rigor hist3rico, si no se ha investigado

lo suficiente, lo que resulta no es una formaci3n; es una deformaci3n.

La historia del Ecuador, y antes, la de la Real Audiencia de Quito, ha sido tratada por numerosos historiadores. Unos han guardado la prescindencia regional o pol3tica necesaria para urdir un relato hist3rico fidedigno y de alta credibilidad. Lamentablemente, otros, movidos por intereses localistas o de regiones o imbuidos de creencias pol3ticas firmes, y lo que es peor, de dogmas religiosos, han dejado una herencia de historias sin veracidades y pocas firmes.

Bien sabemos que el material que se estudia, la madeja hist3rica que se debe desenrollar est3 llena de nudos; son per3odos de 3pocas conflictivas, escabrosas, de grandes controversias, de luchas intestinas, de conflictos que casi llegaron a ser guerras civiles, de sacrificios, de sangre y de v3ctimas, de oprobios y traiciones, pero, a pesar de ello, la misi3n del que investiga y escribe debe ser la ejecuci3n de un cirujano que disecciona fr3idamente intentando llegar a la verdad cruda y descarnada, aun a pesar que la verdad encontrada no sea de su agrado.

Porque la historia construye y las naciones se crean a través de lo construido y no se puede elaborar “un constructo” sólido y creíble cuando el historiador se deja llevar por la pasión desbordada de sus creencias políticas. Búsquese la historia de la

Revolución Liberal escrita por Ayala Mora, síntesis de juicio agudo pero imparcial, y la misma historia escrita por Jorge Salvador Lara, con claros sesgos políticos, y vamos a coincidir en la necesidad de aplicar un poco de Deontología al oficio.

LAS DESACERTADAS POLÍTICAS ECONÓMICAS DE ESPAÑA EN LAS COLONIAS DEL NUEVO MUNDO

Guillermo Arosemena Arosemena

Los españoles que llegaron al Nuevo Mundo no estaban allí para romper los moldes. Querían enriquecerse, sobornando a los encargados para obtener encomiendas y trabajo: unos pocos años en las colonias serían suficientes. El camino a la riqueza no pasaba por el trabajo, sino por la prevaricación y el desgobierno.

David Landes

El estancamiento del progreso material de América Latina y el espectacular crecimiento como potencias mundiales de Estados Unidos y Canadá a través del siglo XX, se originan en gran parte por la manera como los imperios español e inglés vieron a sus colonias. Para el primero, las tierras del Nuevo Mundo fueron lugares de extracción y explotación, mientras que el segundo las consideró mercados, donde debía haber intercambio de bienes y servicios.

Para entender las relaciones comerciales entre las colonias españolas en América y el reino de España, es necesario analizar la política económica seguida en el Nuevo Mundo por Carlos V y los reyes que lo sucedieron.

España se reservó el abastecimiento de todos los bienes importados por

las colonias, incluyendo los alimentos de primera necesidad, vestuario, muebles y objetos de lujo. Por las leyes promulgadas y por el marco administrativo y de control, el comercio exterior de la América española fue verdadero monopolio y se manejó como si fuera una gigantesca compañía exclusiva.

La misión fundamental encomendada a las Indias fue proveer metales preciosos a la Corona española. La importancia concedida al oro y plata fue obsesiva y estuvo por encima del tabaco, azúcar, cacao y algodón, entre otros, con los que se podían conseguir grandes beneficios. La explotación total de las minas hasta el agotamiento, en Nueva España, Virreinato del Perú y en menor escala en la Audiencia de Quito, proveyó los recursos a los reyes de la casa de Austria para financiar guerras y forma de vida. A cambio de los metales preciosos, la América española recibió de España los productos esenciales para su supervivencia.

El tráfico marítimo y comercial con las Indias estaba controlado desde España mediante dos importantes instituciones: el Consejo de Indias y la Casa de Contratación, ambas con sede en Sevilla y, posteriormente, en

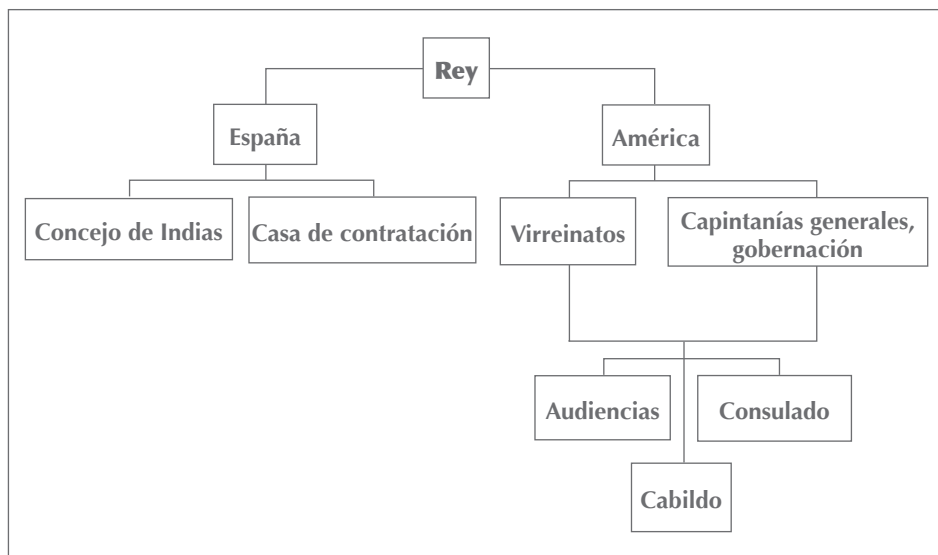
Cádiz. La primera se encargó de promulgar leyes, y entre los objetivos de la segunda se encontraban la concesión de licencias, registro de navíos, control y supervisión de cargamentos y tribunal de justicia para dirimir disputas comerciales.

Los monarcas españoles se preocuparon por mantener estricta vigilancia permanente de los negocios coloniales, al extremo de limitar el número de mercaderes autorizados a comerciar, además del número de puertos autorizados para el zarpe y arribo de navíos vinculados al negocio de las Indias. El absoluto control sobre el comercio se manifestó en la prohibición que tuvieron los navíos extranjeros

a cargar mercadería para el Nuevo Mundo. Todo cuanto se embarcó en los diversos puertos de la América española llegaron a puertos españoles. Ningún extranjero estuvo autorizado para ingresar a las colonias, salvo con expresa autorización del Consejo de Indias. Las propias colonias fueron impedidas de establecer relaciones comerciales entre ellas. Los extranjeros que violaron las leyes fueron severamente penalizados con la confiscación y remate de la mercadería.

Las rígidas políticas comerciales fueron la causa para el comercio ilegal en todas las colonias. Españoles, criollos y extranjeros se dedicaron al contrabando de bienes durante tres siglos.

ESTRUCTURA DE ORGANIZACIÓN DE LA AMÉRICA ESPAÑOLA



Fuente: Anuario de estudios hispanoamericanos

El investigador venezolano Arcilla Farías sostiene que la Corona buscó la especialización de los procesos productivos en las diferentes audiencias, para lograr un estado de equilibrio entre las mismas, y así evitar que una colonia quedara en desventaja en relación con las otras. Arcilla Farías pone como ejemplo el privilegio que recibió Venezuela para exportar su cacao, territorio que supuestamente no dispuso de otras fuentes de ingreso. La historiadora ecuatoriana Dora León de Szászdi discrepa con el ejemplo pues afirma que Venezuela además del cacao dispuso de la exportación del tabaco y cueros en grandes cantidades.¹

Por el auge comercial fue necesario construir flotas de galeones cuyo comercio se denominaba La Carrera de Indias. Participaban dos flotas anuales para trasladar bienes, escoltadas por barcos de guerra. La que se dirigía a Veracruz, se llamada Flota de Nueva España y zarpaba de Cádiz. La otra, Galeones de Tierra Firme, navegaba al puerto de Cartagena de Indias, en Nueva Granada, donde hacía la primera escala; y, para viajar a Portobelo, en Panamá, el destino final, esperaba hasta la llegada de la Armada del Sur. Ésta patrullaba a lo largo de las costas del virreinato del Perú y protegía la carga de metales preciosos y demás productos exportables en la ruta a Portobelo.

Portobelo se convirtió después de Lima, en el centro comercial colonial

más activo en el continente sudamericano. Al recibir las noticias del próximo arribo de los galeones, los más importantes comerciantes de todas las ciudades del Virreinato del Perú viajaban a Panamá, para negociar en las feria de Portobelo. El panorama mercantil impresionaba al turista al ver centenares de mulas cargadas con productos agrícolas y minerales frente a grandes carpas donde se depositaba la carga retirada de los navíos. La feria se extendía por espacio de 30 y hasta 40 días, tiempo en el que se procedía a la transacción de los productos llegados de España y los producidos en las colonias. Concluida la feria, los comerciantes retornaban a sus lugares de residencia llevando consigo la mercadería comprada. De regreso a España, las dos flotas se reunían en La Habana e iniciaban el viaje protegidas por naves de guerra. La última feria tuvo lugar en 1739.

El viaje anual del Galeón de Manila, única nave española con autorización para comerciar con Filipinas, estaba sometido a exigentes controles para asegurarse que no lleve carga de contrabando, pero eran suficientes; siempre excedía de lo permitido e introducía mercadería ilícita en las colonias americanas. Este galeón paraba en Acapulco en su viaje de regreso a España, desde donde se enviaba mercadería asiática a Tierra Firme.

Al iniciarse el siglo XVIII, España había dejado de ser imperio, se encontraba debilitada militar y económicamente. La mala utilización de los enormes cargamentos de oro y plata habían llevado a este reino ibérico a

1 Guillermo Arosemena, *Comercio Exterior de Ecuador*.

devastadores procesos inflacionarios que terminaron destruyendo la riqueza interna de España. El nuevo siglo comenzó con cambios dramáticos en la política seguida en la administración de las colonias americanas. De por medio se encontraba la disputa del trono español y todas sus colonias, entre las que estaban las posesiones americanas. Dos personas se disputaban la vacante dejada por Carlos II. La primera era Carlos de Austria, quien se consideraba legítimo heredero del trono español, incluso fue coronado en Viena con el nombre de Carlos III. La segunda era Felipe de Anjou, hijo del Delfín francés y, por consiguiente, nieto de Luis XIV y heredero en potencia a la Corona francesa. Este último tenía a favor la existencia del testamento² del rey fallecido, quien le nombraba sucesor y heredero de todos los territorios de la monarquía hispánica.

El triunfo en la Guerra de Sucesión llevó al trono a Felipe V, representante de la casa Borbón, marcando el inicio de una nueva dinastía y de dramáticas reformas en la forma de gobernar y de administrar el comercio colonial. Los cambios representaron el choque entre la continuidad de un sistema en decadencia y la posibilidad de lograr un mejor futuro para la monarquía española. Las reformas borbónicas se fueron implementando a través del siglo XVIII y precipitaron el fin del imperio de la Península Ibérica y la emancipación de las colonias. España no tenía otra alternativa, requería de transformaciones para

poder sobrevivir y tratar de consolidar su poder económico en la Indias. Hay historiadores ecuatorianos que sostienen que las reformas borbónicas fueron una forma de recolonialismo.

La influencia francesa en las colonias no fue nada nuevo. Desde 1685 los piratas y corsarios franceses habían pululado por las costas de la América española, atacando puertos y traficando ilícitamente. Después de la Paz de Ryswick en 1697, los comerciantes franceses organizaron la *Compagnie de la MÉR Pacifique* para negociar con Chile y Perú.³

A partir de 1702 los navíos militares franceses acompañaron a las flotas españolas en sus viajes a las colonias; y, en 1705, fueron autorizados para poder llegar a los puertos de la América española. Las reformas no fueron del agrado de los poderosos comerciantes sevillanos, quienes habían ejercido el monopolio comercial desde el siglo XVI.

Las reformas surgieron por iniciativa de los asesores del rey Felipe V, seguidores del colbertismo francés que abogó por el mercantilismo. La nueva generación de economistas españoles recomendó soluciones para terminar con la decadencia del Imperio español. Uno de ellos, Jerónimo de Uztáriz, en su tratado *Teoría y práctica de comercio y marina*, escribió que el excesivo número de impuestos de los productos españoles no permitían la competitividad en los mercados internacionales, ocasionando continuos

déficit en la balanza comercial. Estos saldos negativos no hacían otra cosa que beneficiar a otras naciones, las que terminaban recibiendo enormes cantidades de dinero, en plata y oro.⁴

Otros pensadores económicos como Bernardo Ward y Pedro Rodríguez de Campomanes propusieron que tanto la economía española, como la de las colonias, debían producir aquellos bienes que permitan la mejor utilización de sus propios recursos. Rodríguez Campomanes planteó la abolición del sistema de monopolio de los comerciantes de Sevilla y Cádiz.⁵

Dentro de las reformas se encontró la eliminación del sistema de flotas y autorización de la ruta del Cabo de Hornos, como alternativa al tradicional viaje a Portobelo. Esta medida benefició toda la costa oeste sudamericana por el enorme impulso comercial, aunque también propició la introducción de los tejidos europeos, que, por su calidad y bajos precios, en pocos años causó la ruina de la industria textil de la Audiencia de Quito.

Entre 1759 y 1762, Carlos III inició la política de hostigamiento a los ingleses, con el propósito de terminar con diversos tratados firmados en derrotas de guerras entre España e Inglaterra y recuperar para los españoles la totalidad el comercio colonial. El resultado fue una nueva guerra en la que Inglaterra salió victoriosa y aprovechó el triunfo para imponer la reno-

vación de los tratados comerciales en las mismas condiciones.

A partir de 1765 Carlos III, inspirado en el pensamiento de Colbert, promulgó una legislación comercial revolucionaria, encaminada a impulsar la libertad de comercio; cualquier súbdito español podía comerciar con las islas españolas (Santo Domingo y Haití), Puerto Rico, Cuba, Margarita y Trinidad, sin más formalidad que una simple guía de aduana, dando libertad para zarpar y llegar de cualquier puerto. Esta medida alentó el comercio, reanimó a muchas regiones de las colonias virtualmente abandonadas y vigorizó los negocios.⁶

En 1774, Carlos III también concedió la autorización para que Nueva España y Guatemala pudieran tener intercambio comercial con Nueva Granada y Virreinato del Perú. Anteriormente, las colonias estuvieron prohibidas de comercializar entre ellas y el poco movimiento que ocurrió fue exclusivamente de contrabando. En 1778, la Corona decretó el libre comercio entre cualquier puerto español con cualquier puerto de la América española; la introducción de mercadería extranjera a las colonias, previo el pago de un impuesto superior al que pagaban las españolas, y el libre comercio intercolonial.⁷

En 1780, la Corona española hizo importantes concesiones comerciales a Inglaterra, en Portobelo y Buenos

2 *Ibíd.*

3 *Ibíd.*

4 Henry William Spiegel, *The growth of economic thought*.

5 *Ibíd.*

6 Paul Kennedy, *The Rise and Fall of Great Powers*, Charles Kindleberger World Economic Primacy, 1500-1990.

7 *Ibíd.*

Aires. Esta última ciudad fue la puerta de ingreso de los comerciantes británicos al Alto Perú (Bolivia). Las concesiones no fueron gratuitas. Fue parte de un acuerdo con Gran Bretaña para poder recibir apoyo militar y sacar las fuerzas de Napoleón de la Península Ibérica. Dentro de las reformas jurídicas, la Corona creó el Virreinato de Santa Fe de Bogotá, incorporándole nuevos territorios: Panamá, Colombia, Venezuela y la Audiencia de Quito.

Estado Unidos, joven nación, que había logrado su independencia en 1776, aprovechó de una secuela de guerras europeas iniciadas en 1793, para introducir su comercio en la América española. Las conflagraciones bélicas entre Francia y España (1793-1795), Inglaterra y España (1796-1801), y Francia contra España, Portugal e Inglaterra (1807-1813), interrumpieron el comercio de estas naciones con las colonias españolas.⁸

Frente a la paralización del tráfico mercante, que ocasionó terribles pérdidas a las economías de los mencionados reinos europeos, las colonias necesitaron urgentemente establecer nuevos contactos y buscar nuevos socios comerciales; siendo la única opción para ellos, iniciar contactos con los Estados Unidos, país que aprovechó las circunstancias históricas.

Uno de los efectos negativos de las reformas fue la introducción de bienes europeos de mejor calidad y precios más bajos que en las colonias. Los productos de textil fueron los que

mayores perjuicios causaron. Para la Audiencia de Quito, los efectos fueron devastadores. Al referirse a la crisis que sufrió la industria textil quiteña, Carlos Benedetti, en su *Historia de Colombia*, comenta:

En el interior de Nueva Granada se trabajaban algunos lienzos y principalmente en el Reino de Quito, donde los talleres u obrajes eran muy numerosos... Para proteger este ramo industrial en el Reino de Quito, era que estaba prohibido el que se introdujesen lienzos europeos llevados al Perú por el Cabo de Hornos.

En un tiempo anterior, cuando el comercio de las costas del Pacífico se hacía por los galeones que llegaban a Puertobelo, este ramo de industria de Quito estuvo en gran prosperidad, pero cuando comenzó la navegación por el cabo y los costos fueron menores, los obrajes no pudieron resistir la competencia europea y decayeron por completo á pesar de las disposiciones del comercio español.⁹

Con la invasión de Napoleón a la Península Ibérica, se interrumpió el comercio colonial; y, para poder recuperar el trono, el rey español tuvo que hacer nuevas concesiones a los ingleses, quienes para fines del siglo XVIII se habían convertido en la primera potencia mundial. Terminada las guerras napoleónicas, a partir de 1814, Gran Bretaña se encontró con enorme capacidad industrial instalada; y, para mantener la estabilidad económica, comenzó a inundar los mercados coloniales españoles con productos de

consumo e industriales, aplicando la práctica del *dumping*.

Las guerras de emancipación paralizaron el comercio entre las colonias y España, y favorecieron a Inglaterra y Estados Unidos, quienes trataron de apoderarse del enorme mercado que quedaba libre de la influencia española.

Con la independencia, las nuevas repúblicas prohibieron comerciar con España e impusieron severos castigos a quienes delinquieron. Los mercados estuvieron expuestos a la pérdida de la mercadería y las naves se embargaban. Los barcos con bandera española no fueron autorizados a ingresar a los puertos latinoamericanos.

Las transacciones de la América española con España se limitaron a productos primarios, incluyendo minerales, encontrándose entre ellos los siguientes:

El tabaco

El sacerdote Cappa, cronista colonial, escribió que cuando en 1520 los españoles llegaron a Nueva España, *grande fue la abundancia de una mata encontrada en una región posteriormente llamada "Tabasco"*. En pocos años las hojas cruzaron el Atlántico y su uso se generalizó. A fines del siglo XVI los franceses comenzaron a fumarlo. El tabaco produjo importantes rentas para la Corona. La principal fuente de producción se encontró en Cuba, habiendo sido el tabaco cubano favorito entre los usuarios europeos. La producción de tabaco se extendió a algunos territorios del Caribe, incluyendo Tierra Firme y la Audiencia de Quito.

El tabaco fue uno de los monopolios oficiales de la Corona española. Conocidos como estancos, se remataron entre representantes del sector privado. Esta actividad no fue rentable por los bajos precios recibidos por los cultivadores.¹⁰

El azúcar

Este producto tuvo como principal fuente de abastecimiento el Caribe y las Antillas, habiendo sido la isla Española (República Dominicana y Haití) la de mayor producción, con Cuba, Puerto Rico y Nueva España. Desde Española, la caña de azúcar se trasladó a Cuba y a Tierra Firme, habiendo tomado más de 100 años para que los sembríos tuvieran importancia en la economía cubana. El desarrollo de la industria azucarera fue muy lento, si se agrega la lucha de los españoles contra la escasez de la mano de obra en las mencionadas islas.¹¹

El Cacao

Este exótico fruto de la América española fue uno de los principales y más apreciados productos en Europa. Convertido en chocolate, fue motivo de mitos y leyendas sobre las propiedades medicinales y curativas de tan exquisita bebida. La importancia del cacao dentro de la vida de las civilizaciones de los toltecas, mayas y aztecas, se aprecia en el hecho de que ellas adoraban a los dioses del cacao.

8 *Ibíd.*

9 Carlos Benedetti, *Historia de Colombia*.

10 Guillermo Arosemena, *Comercio Exterior de Ecuador*.

11 *Ibíd.*

Mientras los mayas rindieron tributo al dios Ek Chuah, los aztecas lo hicieron con el dios *Quetzalcoat*

Bernardo Díaz del Castillo, cronista de Hernán Cortés, observó que los grandes sembríos de cacao se encontraban en la zona sur de Nueva España, es decir, en Guatemala, Nicaragua y Honduras. Sorprendió a Cortés el uso del cacao como moneda, quien estableció una plantación de cacao para que el dinero creciera y fuera utilizado en abundancia por el erario español. A partir de 1634, los contrabandistas holandeses, ubicados en Curazao, pequeña isla frente a las costas venezolanas, se dedicaron al comercio ilícito del cacao y en poco tiempo lo monopolizaron, por medio de la *Compañía Holandesa de las Indias Occidentales*.

Entre el siglo XVII y XVIII, Caracas se convirtió en el principal productor y exportador de cacao, provincia que desde 1620 había comenzado a enviar el cacao a Veracruz. Con el aumento de la demanda de la bebida del chocolate, a partir del siglo XVII, el tráfico colonial del cacao se extendió a algunos reinos. España se convirtió en el principal consumidor.

En 1728 se estableció en España la *Real Compañía de Guipuzcoana*, para monopolizar el comercio exterior venezolano, habiendo sido el cacao, la principal fuente de ingresos. La llegada de la empresa *Guipuzcoana* causó enfrentamiento con los comerciantes locales del cacao, quienes sostenían que la empresa vasca pagaba el cacao a un precio inferior al de los otros compradores. En estos siglos hubo

prohibición de exportaciones de cacao ecuatoriano.

Como todo monopolio termina siendo perjudicial, después de que *Guipuzcoana* consolidó su presencia en Caracas, impuso los precios arbitrariamente y estos comenzaron a descender. Los agricultores protestaron y lograron la expulsión de esta empresa. Para 1751, la Compañía de Guipuzcoana fue autorizada a reiniciar sus actividades comerciales en Caracas, pero con nuevas reglas del juego. Se estableció la Junta Reguladora, responsable de fijar los precios anualmente y mantener el control sobre los mismos.

El auge cacaotero venezolano generó grandes fortunas entre los productores y exportadores, quienes invirtieron sus excedentes en nuevas plantaciones y otras actividades económicas. Ellos se constituyeron en un grupo muy cerrado y poderoso, conocido como *Gran Cacao*, término que posteriormente se usaría para identificar a los principales productores y exportadores de Guayaquil. El padre de Simón Bolívar fue miembro del citado grupo.

A partir del último cuarto del siglo XVIII, Venezuela concentró sus ventas de cacao a España, ignorando el gran mercado de Nueva España. El abandono de este mercado fue aprovechado por los exportadores guayaquileños, quienes para 1800, abastecían 75% del cacao consumido en Nueva España.

Las guerras napoleónicas afectaron considerablemente el comercio

internacional del cacao, haciendo descender el precio en 50%. Por encontrarse interrumpidas las comunicaciones con España, el grano se acumuló en las haciendas de los territorios productores, dañándose por tener corta vida. Los hacendados terminaron incurriendo enormes pérdidas. A partir de 1810, el cacao venezolano dejó de ser serio rival del guayaquileño, el cual se convirtió en indiscutible líder en el comercio internacional del cacao. Dos factores contribuyeron a tal cambio. La nueva ruta de navegación por el Cabo de Hornos favoreció el cambio de liderazgo. Otro productor de cacao fue la isla de Trinidad en el Caribe, además de Martinica y Santa Lucía, colonias francesas en el Caribe.¹²

La quina

De todas las plantas medicinales del Nuevo Mundo llegadas a Europa a partir del siglo XVII, la quina fue considerada droga milagrosa por lo que causó revolución en la medicina de aquellos años. Por primera vez esta droga curaba fiebres y otras enfermedades. Eugenio Espejo asegura que la quina podía curar el

escorbuto, para precaver de las gangrenas y el cáncer; y, en fin para muchísimos y más fáciles usos, para los que la adaptan la casualidad, ó la pericia filosófica de los médicos de Observación.

Durante 150 años, Loja fue el único lugar productor en la América es-

pañola de quina o cascarilla (nombre dado en la *Audiencia de Quito*), irónicamente conocida en los mercados internacionales como *corteza peruana*. En 1752, se descubrieron zonas de quina en Popayán; comenzaron a ser explotadas y remplazaron al producto lojano, cuya producción había decaído por la destrucción de los bosques de quina. La quina ayudó la expansión económica en el Virreinato de Santa Fe; y, años después, Bolivia se convertiría en un importante productor. La quina se hizo famosa en España y demás reinos europeos cuando la esposa del Virrey del Perú, Condesa de Chinchón, se curó de una enfermedad terminal. La noticia se propagó por el Viejo Continente. Esta planta también se la conoció como chinchona.¹³

El añil o índigo

La búsqueda de un colorante barato para abastecer la industria textilera española para librarse del “pastel”, producto importado desde Alemania a costos muy altos, llevó a Pedro de Ledesma a descubrir en Nueva España, el “añil o índigo”.

Se conocía que en Nueva España había

una hierba o tierra que hace el mismo efecto que el pastel porque con ello se tiñe y da color a las ropas y paños de la lana y algodón que en esas partes se hacen y labran por los indios.

La cédula de donde he tomado la cita, ordenaba investigar los posibles

12 *Ibíd.*

13 *Ibíd.*

lugares de producción, las cantidades producidas y la recolección de pruebas. El mejor añil se encontró en Honduras, territorio que abasteció el 75% de las necesidades españolas.¹⁴

La zarzaparrilla

Esta planta con propiedades curativas de extraordinaria dimensión, fue ampliamente utilizada para la cura de la sífilis, cáncer y otros males, durante los siglos XVI, XVII y parte del XVIII. Cuando los españoles llegaron al Nuevo Mundo, observaron que los nativos que sufrían de ciertos males bebían el agua de esta planta, o se bañaban en orillas de ríos donde se encontraba la zarzaparrilla. La zarzaparrilla de mejor calidad se obtuvo en Honduras y demandó un precio superior a la producida en Nueva España, Caribe y Audiencia de Quito.

El español, Pedro Cieza de León, historiador de la Conquista comenta:

Hay muchos que traían asaduras dañadas y los cuerpos podridos, con solamente beber el agua de estas raíces quedaban sanos y de mejor color que antes que estuviesen enfermos. Y otros que venían agravados de las bubas (enfermedad causada por los negros africanos) y las traían metidas en el cuerpo y la boca de mal olor, bebiendo esta agua los días convenientes, también sanaban. En fin, muchos fueron hinchados y otros llagados y volvieron a su casa sanos.¹⁵

El café

A partir de 1716, se enviaron las primeras plantas de café a la isla de Martinica, que no sobrevivieron su cultivo. En 1728, se hizo un nuevo intento de sembrar el café y para 1736 se registraban desde esa isla las primeras exportaciones a España. En años posteriores, se enviaron plantas a la Guayana Holandesa y Guadalupe. A partir de la segunda mitad del siglo XVIII, Haití se convirtió en el principal país productor de café en las colonias americanas. Cuba también fue importante productor, además de Puerto Rico. Por las interrupciones del comercio del cacao entre Venezuela y España, los productores venezolanos buscaron sustituirlo por uno de mayor vida y escogieron al café. Posteriormente, Brasil se convirtió en el principal productor de café en el mundo.¹⁶

La Audiencia de Quito produjo la mayoría de los productos señalados, sobresaliendo entre ellos, el cacao y la quina; el primero se cosechaba en la Costa y el segundo en la Sierra (actual Azuay y Loja).

Lamentablemente debido a la depredación de los árboles, se agotó la principal fuente de ingreso de esa región y para el inicio del siglo XIX, entró en severa depresión económica. El cierre de los obrajes empeoró la situación económica del Austro.

Bibliografía

Revistas

Anuario e estudios hispanoamericanos, Sevilla, CD

Libros

Arosemena Arosemena, Guillermo,

1992 *Comercio Exterior de Ecuador*, vol. I., Guayaquil.

Benítez Vinuesa, Leopoldo,

1985 *Ecuador, drama y paradoja*, Quito.

Benedetti, Carlos,

1827 *Historia de Colombia*, New York.

Campos, José Antonio,

1999 *Historia documentada de la provincia del Guayas*, Guayaquil.

Kennedy, Paul,

1987 *The Rise and Fall of Great Powers*. Paul Kennedy, New York.

Kindleberger, Charles,

1996 *World Economic Primacy, 1500-1990*, New York.

Landes, David,

1998 *"The wealth and poverty of nations"*, New York.

North, Douglass. Institutions,

1999 *El Institutional Change and Economic Performance*, New York.

Peñaherrera Padilla, Blasco,

1993 *La revolución del sentido común*, Quito.

Spiegel, Henry William,

1983 *The growth of economic thought*, Duke University Press.



14 *Ibíd.*

15 *Ibíd.*

16 *Ibíd.*

SICOSEO: NOSOTROS LOS SETENTEROS Y LA MODERNIDAD POPULAR

(Palabra, contacto y rumba de un núcleo cultural de guayaquinos)

Willington Paredes Ramírez

Ya veo, ¿pensáis vos en una especie de escepticismo o de incredulidad, o más bien creéis que hay otro juego que no hemos sabido percibir aún?...

Evidentemente, las circunstancias siempre están ahí. Diría que esto es una cuestión de sabiduría: es menester poner circunstancias de cuando en cuando para que el argumento no transcurra en el vacío...

No vivimos en la eternidad, en lo esencial. Siempre estamos en las circunstancias, y ésta es una forma de consolarnos en la desgracia, ¿no es así? Cuando cae una desgracia sobre vos, pensáis: sí, me sucedió hoy en la noche, pero mañana será otro día, las cosas serán un poco distintas.

Jorge Luis Borges

El escritor y su obra,

entrevista de Georges Charbonnier (1970)

La cultura solo puede transmitirse si se deja a la gente, en todo momento, la posibilidad de discutirla.

Jean Paul Sartre

1969

Hablar de modernidad en un mundo posmoderno no puede ni debe constituir un arcaísmo, porque en la medida en que vivimos modernidades trucas estas nos persiguen como una pasión ajena y como una obsesión propia. Por eso, singularmente, somos del hoy y del ayer, siempre inconclusos uno y otro.

El problema de la modernidad y de la posmodernidad hoy es un debate que no está concluido ni cerrado. No es posible finalizarlo porque parece que recién tímidamente nos atrevemos a ser modernos, pero audazmente nos adherimos a una posmodernidad en-

tusiasta, sensorial, convocante. Proceso-producto que aún no engendra los resultados que se esperan; sin embargo, cautiva, entrapa y atrapa.

Esto significa que la modernidad y la posmodernidad, más como novedad que como tema, y más como actividad en marcha que resultados, devienen en una necesidad social, ideológica e histórica que no deja de sorprender. Más aún cuando esa modernidad, referida a lo popular, ha sido poco comprendida, omitida, silenciada y hasta “despreciada”. Por eso, se vuelve necesario un ejercicio sobre ella.

Especialmente, cuando esa “modernidad popular” no es populachera ni populista. Pues, se refiere a un proceso complejo de la ciudad-puerto de Guayaquil. Hecho y acción comunicativa que se da en el marco y en el proceso de constitución de un núcleo sociocultural de intelectuales guayaquinos que se abren y toman contacto con esas expresiones y acción comunicativa.

Reconstruir una historia vivida y escriturada

Para los intelectuales, jóvenes maduros y niños de la tercera edad que formamos la grey de los sicoseadores de Guayaquil, plantearnos la modernidad popular era una tarea y un deber. El contexto sociocultural, ideológico y político así lo determinó. No huimos la tarea. La asumimos con los riesgos que eso tenía.

De ahí que, como historiador, luego de haber escuchado y leído muchos subterfugios, mentiras y certezas, creo que es necesario que salgan a la luz las primeras líneas sobre lo que fuimos e hicimos desde esa búsqueda de una modernidad popular, más allá del panfleto, del populismo y de algún intelectualismo apergaminado.

Fuimos un grupo de intelectuales de clase media que nacimos y crecimos en una atmósfera marcada y determinada por lo popular. Y está condicionada por la necesidad de atreverse a ser moderna. Es decir, aceptar la vivencia de un imaginario que se nutría del pasado pero que nos aferraba dogmáticamente a los rituales del ayer.

En este sentido, este ensayo historiográfico tendrá inevitablemente dos componentes: 1. Intentar ser una reconstrucción historiográfica de un proceso sociocultural, ideológico y político de un sector de intelectuales guayaquinos. 2. Un relato de la vivencia de un grupo de intelectuales, panas y amigos que nos hicimos entre la lectura, la creación, la reflexión, el análisis y la crítica.

Pero en los dos casos, sin desprendernos de la vivencia y sensoriedad del Guayaquil tropical, bohemio y jodeador. Esta atmósfera nos marcaba, pues lo popular nos buscaba y lo buscábamos. Era un diálogo interminable entre amigos que se convocaban y convivían cotidianamente. Lo hacíamos desde la bohemia, la creación literaria y la necesidad de afirmarnos como un grupo con identidad, donde lo popular era verbo y sustantivo.

En este sentido intento referirme al núcleo Sicoseo. Grupo de intelectuales que hicieron taller literario en el segundo quinquenio de la década del setenta del siglo pasado. En ellos se expresa la relación de apertura y la búsqueda del vínculo entre la cultura de los intelectuales y la cultura popular urbana, en tiempos en que “lo popular” es más moderno que tradicional y tan tradicional como moderno.

Esto es lo que intento hacer, desde una reflexión intencionada, activa, crítica y auto-crítica. Pues, como integrante de este grupo me veo en la necesidad de hacer algunas observaciones. Lo hago porque circulan algunas distorsiones y equívocos que se dan en el ambiente sociocultural de Guayaquil.

Incluso por quienes no fueron parte de ese Sicoseo. Nunca nos estudiaron, entrevistaron, sin embargo, audazmente, levantan juicios que no corresponden a la realidad de lo que fuimos, hicimos y de lo que pretendimos ser y hacer en ese momento histórico.

En realidad, las ideas principales de este texto constituyen un resumen y anticipo a un estudio más completo que comencé hace algunos meses, que no he tenido aun el tiempo necesario y adecuado para avanzarlo y concluirlo.

Por eso, las siguientes ideas deben ser entendidas, comprendidas y evaluadas como una aproximación a una interpretación autobiográfica del grupo Sicoseo, desde adentro. Fui uno de sus integrantes. Fui parte del colectivo que hizo una historia (e intentó hacerla) desde los talleres literarios. Pero también desde esa acción intelectual vinculado a una forma de vida que llevamos e hicimos en la cotidianidad urbana del guayaquino de clase media.

Por eso, lo primero que encuentro es que fuimos un grupo que irrumpió en un tiempo, no de desencanto pero sí de descontento frente a la cultura tradicional. No abrazamos la modernidad con intención y objetivo claro. Lo que desde el principio estaba claro es que no encajábamos ni encajamos en la ritualidad de la cultura de la intelectualidad tradicional de la ciudad-puerto.

Nuestra forma de ser modernos
(o modernos a nuestro modo)

Hoy es casi imposible no ser posmoderno. Asumirlo no es un problema

de snob, moda, experiencia y filigrana de diletantismo ideológico y sociocultural del presente. Vivimos tiempos determinantes y determinadores. Pues, igual que ayer (hace tres décadas), era imposible no ser modernos.

Nosotros, los sicoseadores del setenta, del siglo pasado, lo fuimos, claro, a nuestra manera y con lo que tuvimos a nuestro alcance. No esquivamos el tiempo que nos aguijoneaba pero no pretendíamos ni buscábamos tomarnos el cielo por asalto. Solo creímos que teníamos derecho a otra modalidad de ser y hacer intelectualidad y acción escritural en el Guayaquil mercantil, capitalista y tropical.

Por eso, el primer número de la revista de Abril de 1977, tomaba una estrofa de una canción de Ismael Miranda: "Así se compone un son". Lo hicimos como epígrafe para la presentación del texto (que fue un colectivo de opiniones, que finalmente lo redactó Fernando Nieto). De esa canción, el epígrafe decía: "para componer un son/se necesita un motivo/y un tema constructivo/y también inspiración". En esa presentación fuimos claros en señalar que éramos de presente y nostálgicos del pasado.

Volviendo al grano. Es cierto, antes no hubo el enfrentamiento que hoy se ve entre ciertos escritores y algunos nostálgicos del pasado. Quizá haya sido porque antes, uno más y otros menos, acostumbraban el turismo ideológico que los igualaba a través de un constante quemar palmas por los líderes del socialismo y en declararse empecinadamente comprometidos con el pueblo. Salvo extraordinarias excepciones, fue

un turismo ideológico bajo el membrete y chantaje de un supuesto compromiso que nunca llegó a la participación y realización de lo oralmente expresado. Muchos se declararon proletarios y hoy son representantes de la burguesía agro-exportadora, de la plutocracia, o se han retirado, tras mucho combatir, a sus cuarteles de comodidad pequeño-burguesa para pasar el invierno de sus inexistencias mediocratizadas, (*Sicoseo*, No.1, 1977).

Lo hicimos a nuestra manera. No nos creímos inventores de algo. Lo que siempre supimos fue que los tiempos intelectuales que nos tocó vivir eran deficitarios de contacto y vida en referencia a otras culturas y acciones comunicativas. Especialmente, con las diversas formas, signos y símbolos de la cultura popular urbana.

No nos creímos ni fuimos una élite. Solo fuimos un grupo de panas, amigos y parceros que, desde el hacer intelectual, estaban descontentos con la tradición. Teníamos algo en común: no queríamos pertenecer a la ritualidad del tradicionalismo intelectual que ya no respondía ni expresaba lo que la historia creaba, recreaba y ponía en el escenario.

Buscamos lo nuevo, no por noveleería. Lo hicimos por compromiso y necesidad histórica. No solo estábamos descontentos con la tradición sino que creímos que no debía ser respetada sino violentada. Tampoco era la tradición que había que recuperar sino que superar. Pues, estaba de espaldas y negaba la historia urbana de Guayaquil.

El contexto y las condiciones sociourbanas de Guayaquil nos aguijoneaba, estimulaba la búsqueda y nos

condicionó. Como grupo, respondimos desde una atmósfera de la tropicalidad que nos puso la ciudad-puerto. Especialmente, nos estimuló a la revalorización de las diversas expresiones de la cultura popular urbana.

Consideramos que cada generación y colectivo (incluso, el individuo, íngrimo y socialmente suelto) lo es en el marco, contexto y en las condiciones que vive, que le ponen y en las que se atreve a serlo. Es ineludible e inevitable hacerlo. Pues, como dice Paz, estamos condicionados a ser modernos. Y más aún una ciudad-puerto mercantil capitalista, abierta y de mestizaje perpetuo, es propiciadora de este accionar.

Inclusive, no es posible ser intelectual –o pretender serlo– en una sociedad humana y mundana y ser apegado y devoto cultor de la tradición. Esto va a contracorriente del rol que tiene, y debe tener quien cree que ser escritor es "apegarse y repetir" la tradición.

Nosotros entendíamos que el compromiso y el ejercicio del intelectual es una tarea, pasión y acción del espíritu. Y por cierto nunca alejada del cuerpo. Pues buscábamos fusionar la vida y el numen. Sabíamos que la intención y acto-proceso de creación, individual y colectiva, así como ejercicio de la razón crítica, siempre estará reñido con la atmósfera, de ritmo lento y pasivo, que impone la ritualidad, el lenguaje y el obrar de la tradición. Pero también estimulada por el ritmo intenso que impone la pasión de la historia social en la que nos inscribimos.

Por eso, así como dijo Sartre, estamos condenados a ser libres, análogamente,

en los setenta en el Guayaquil tropical, quienes queríamos, o pretendíamos ser intelectuales y asumíamos ese oficio; estábamos condenados a ser modernos con fuertes vínculos de lo popular, pero en una ciudad puerto tropical.

Para nosotros ser moderno no era un acto de constrictión y aislamiento. No buscábamos un espacio de asepsia. Estábamos y vivíamos contaminados hermosamente de lo popular que fluía de las rockolas, los burdeles, las calles, la música y todo lo que es capaz de hacer, decir e imaginar la masa. Es decir, buscábamos ser modernos, pero modernos junto a los otros. Y esos otros para nosotros eran los sonidos y el lenguaje de la cultura popular urbana.

Eso lo asumimos sin temor ni favor. Nunca con vergüenza. Siempre con decisión y firmeza. De esto siempre fuimos conscientes. Aunque, muy pocas veces lo fundamentamos y señalamos de manera explícita. Una de esas pocas veces, sin duda, está plasmada en la introducción de la revista *Sicoseo*, No. 1, de 1977.

El solo hecho de agruparnos, de hacernos y reconocernos un colectivo de diverso ejercicio literario, cultural, intelectual y escritural, nos identificaba como un grupo de no seguidores ni fieles creyentes de la tradición. Tradición que conocíamos y respetábamos, si tomábamos y valorábamos, pero con cuyos rituales no nos conectábamos.

Esto significaba que nos presentábamos y se nos percibiera, desde una perspectiva superficial, como “noveleiros”. No éramos un grupo de esnobistas. Éramos más que “jóvenes novele-

ros”. Nacimos y crecimos descontentos con lo que se hacía en las letras, la poesía, el ensayo, en la literatura en general. Esta decisión, que ya era una opción, era la que motivaba nuestra acción. De hecho, nos ponía en la otra orilla de la tradición.

Y, no podía –ni pudo– ser de otra manera. Puesto que los setenta, en el país económico, sociopolítico, e ideológico fueron de cambios. Surgieron nuevas instituciones y prácticas sociales. La revolución nacionalista desde “arriba” nos copaba y determinaba. Especialmente en la urbe guayaquileña.

En la atmósfera social del país, el nacionalismo revolucionario de los militares empujaba su proyecto desarrollista. Lo acompañaba la clase media, la pequeña burguesía ilustrada y tecnocrática reformista. Todos buscaban que el petróleo no vaya al bolsillo sin fondo de la oligarquía. Pretendían que sea el combustible para financiar un proyecto reformista que beneficie al pueblo.

El discurso populista había caducado. No encajaba en las condiciones y demandas de una nueva modernidad urbana que era estimulada por las rentas petroleras. El descontento estudiantil se hacía radical porque la defensa de las dos semillas se vivía desde las calles y se reivindicaban como parte de la acción antiimperialista de los jóvenes estudiantes y de la clase media.

En sentido estricto, los setenta era un momento de ruptura y discontinuidad con el tiempo pasado y la tradición que lo había alimentado. Guayaquil era la misma, pero era más urbana. Más acelerada y lo popular, con su di-

versidad y tropicalidad, le daba una característica diferente. Eso no lo había percibido la Casa de la Cultura ni quienes lo hacían.

Por eso, resulta una gran verdad que los jóvenes no querían envejecer en la ritualidad de la tradición. La intelectualidad oficial no había entendido esto. Había nuevos tiempos que ellos no lograron percibir. La Casa de la Cultura tenía un sepulcral silencio frente a lo que la sociedad y el país procesaba y la acción comunicativa popular ponía y exponía en la diversidad de las relaciones del conjunto de la colectividad.

Mirado ese momento desde la historia intelectual del Ecuador, se produce una ruptura y una discontinuidad con el régimen discursivo prevaleciente, hasta entonces, en el campo cultural... se trata de una impugnación a la cultura oficial, tal como la había encarnado desde los años, sobre todo la Casa de la Cultura Ecuatoriana... El parricidio, como metáfora de una transformación radical de la vida cultural, se asumió como un acto irreverente pero necesario si se quería producir una auténtica cultura moderna y nacional (Burbano de Lara, 2010).

La vida del intelectual del Guayaquil portuario, tropical y mestizo, en estas condiciones, nos llevaba y determinaba en lo que finalmente se dio y lo que buscamos: ser modernos, a nuestra manera. Lo hicimos, sin “mosquearnos”, puesto que no queríamos ser y hacer, que siguiera la “calma chicha” de la Casa de la Cultura. Por eso, en nuestros momentos de irreverencia, individual y grupal, nos referíamos a ella como “la cárcel de la cultura”.

Además, como bien dice Bauman (2002: 43) “en cualquiera de sus interpretaciones, el impulso modernizador conllevaba una crítica compulsiva de la realidad”, que siempre tuvimos y asumimos. Unos sin saberlo, otros, porque sabíamos, pero todos, en el accionar no tradicional. En esto no nos complicamos. Pues, no se podía ser “contreras de la cultura oficial”, in-conforme con ella, y, al mismo tiempo, no ser moderno.

Sin embargo, la modernidad que asumimos y practicamos (consciente e inconscientemente) no fue tanto un documento elaborado y fundamentado. Un discurso y texto. Fue más bien un conjunto de nuevos y “originales” formas de asumirnos y definirnos en el ser, en el hacer intelectual y de la escritura y en el ejercicio del lenguaje y la escritura.

Cuando decíamos que el intelectual no nace sino que se hace (que era, constantemente), suscribíamos una línea y acción de ruptura con la tradición de aquellos que creen que solo se requería la “pura inspiración”. El hecho de abrirnos a escuchar lo que socialmente se daba y procesaba en la ciudad, ya decía mucho de lo que éramos desde nuestro hacer.

En los setenta –como ayer y ahora– querer ser diferentes, buscar presentar y hacer otras cosas, no era un problema que solo se asumía y se resolvía biográficamente. Ese era un absurdo. Pues siempre entendimos que Guayaquil, como el hábitat social inmediato y vital, nos trascendía, y simultáneamente nos condicionaba, en el mismo

momento en que la vivíamos, individual y colectivamente.

El creernos, asumirnos y ser modernos –insisto, a nuestra manera–, no era solo un problema de decirnos. No era solo eso, iba más allá. Puesto que si nos reconocíamos como contestatarios y descontentos con lo que social, cultural e intelectualmente nos ofrecía ese presente, como menú del día la tradición de la gastronomía socioideológica y cultural, local y nacional, teníamos que atrevernos a cocinar y producir otros sabores.

En estos “otros sabores” tenía que estar –mejor dicho estaba– en primer lugar, no solo “otra” forma de vida (que desde la bohemia, cafetera y cabareteramente la tuvimos) como intelectuales aprendices y diletantes de ese ejercicio. Estaba la sociabilidad tropical y el contacto con lo popular que nos interpelaba y estimulaba a la acción comunicativa con esas expresiones de la cultura popular.

También nos empeñamos en mostrar y demostrar que la “genialidad individual” del escritor y del intelectual ya no era moda. Suscribíamos la idea, y la defendíamos, que había que pasar por el escrutinio del taller. Ahí las “papas queman”; pues, nos sometíamos a las voces de los otros que se atrevían a opinar críticamente, sobre lo que habíamos producido.

Además, no hubiéramos podido justificar y pretender ser admiradores de la práctica intelectual de Sartre, Borges, Paz, Barthes, Luckas, etc., y al mismo tiempo, no ser modernos. Solo que nuestra modernidad (la explícita

ta y la implícita) debía que tener otra particularidad del barroco latinoamericano: el tropicalismo de la ciudad-portuaria mercantil capitalista (ésta se vive y expresa desde el estatus, estamento, adherencia y pertenencia socioeconómica).

Sin embargo, es preciso puntualizar que, grupalmente, nuestro ser y hacer nos ubica y define como un colectivo moderno, con fuertes vínculos con lo popular. Relación y vínculo que tenía mucho que ver con un tejido inescindible que unía cuerpo y espíritu, razón, pasión, intelectualidad y cotidianidad.

El taller no buscaba pertenecer ni perteneció nunca a la tradición intelectual y cultural de la ciudad. Era otra cosa. Iba más allá de los rituales que conocíamos. Fue un producto sociocultural del ejercicio intelectual y escritural moderno. Está y se hace a contracorriente de la “genialidad” y del “numen” individual, que reivindicaba la tradición.

Pero, no es posible que sostengamos que ese “ser” y “hacer” modernos que asumíamos, teníamos y practicábamos, era igual en todos. Nunca se expresó como algo homogéneo. Cada cual lo era a su manera y desde lo que podía reconocer como su “caja de herramientas” personales, tanto en el pensar como en el hacer intelectual y escritural.

Por eso, no debe llamar la atención que cada uno de nosotros tenga su “propia” versión de lo que fue y significó el colectivo de los sicoseadores, integrantes del colectivo de intelectuales que conformamos Sicoseo. Aquí es donde se juntó, mezcló, nocer esa singular sim-

biosis de razón, pensar, lectura, estudio, piel, sentir y modo de vivir, que cada uno teníamos. Incluso de vínculos, orígenes, relaciones sociales y prácticas socioculturales y hasta laborales.

En lo que todos coincidíamos siempre, es en que “éramos de Sicoseo”, o sea del “grupo de intelectuales del café de la Casa de la Cultura”. Era un bar-café que, curiosa y simbólicamente, no estaba dentro sino “fuera” de la Casa de la Cultura.

Éste podía ser llamado el lugar-puerto de encuentro y espacio de reunión grupal de quienes formamos parte de esa búsqueda y convocatoria. Desde esta perspectiva es claro que no era un lugar institucional sino un bar de la cotidianeidad guayaca, al que acudía cualquier mortal e hijo de vecino del Guayaquil tropicalizado.

Nos reuníamos, no dentro de él (tenía dos espacios; el interior y exterior), sino fuera. Todos estábamos juntos, y en relación pero nunca mezclados ni fusionados. Lo hacíamos en torno a una misma mesa, en el portal, en la acera, junto a la calle. Esto es un hecho muy simbólico. Además significativo. Pues el ruido callejero no nos impedía hablar, discutir, departir. Era como si nos quisiéramos mezclar pero manteniendo la ritualidad del “juntos, pero no revueltos”.

Nuestra modernidad, y la forma de ser y de pretender ser modernos, no solo tenían que ver con el estar en la onda del cambio social (suscribíamos manifiestos de la izquierda, y algunos éramos militantes), cultural, intelectual. Incluso en lo ideológico-

político, y hasta educativo. También en el hecho de tener –y creer tener– otro tipo de sensibilidad que no encajaba en lo que tenía y mostraba la ritualidad tradicional.

Para nosotros esa “otra sensibilidad” –que decíamos y creíamos poseer– tenía que ver con nuestro modo de comprender y asumir “lo popular”. Para los sicoseadores “lo popular” no era la unidad “obrero-campesino” como lo creían los comunistas cabezones que seguía los mandatos y órdenes de las URSS. Tampoco, lo “obrero-campesino-estudiantil”, como lo decían los comunistas chinos. Ni la masa campesina de los guerrilleros, como decían los foquistas de izquierda.

Diferíamos abismalmente en esa dogmática percepción-comprensión. Nosotros, situados y anclados en la ciudad-puerto, abierta, cambiante y hecha de migrantes permanentes, teníamos otra interpretación de lo popular. Ésta se refería específicamente a ese conjunto de “saberes”, “haceres”, prácticas sociales y comunicacionales que eran ignoradas y marginadas, que las hacen en su vida diaria los grupos subalternos, de todo tipo.

Nosotros decíamos que “lo popular urbano” no es lo que presentaban los comunistas ni lo que creaban y manipulaban en la tarima los populistas. Lo popular era esa multiplicidad compleja y abigarrada de objetos culturales, signos, símbolos, lenguajes, rituales, palabras, decires múltiples y creativos, de los grupos subalternos que eran “silenciados” por la literatura y los intelectuales tradicionales.

Por aquí comenzaba nuestra forma diferente y diferenciada de ser modernos, de vivir y presentar nuestra modernidad urbana, tropical y barroca. Como no serlo si junto a los ricos diálogos que sobre Vivaldi y Bach, con el gordo Nieto, discutíamos sobre la música de Lavoe, la Fania Old Star, J.J., el Jefe, Celia Cruz, etc.

Cómo no ser modernos, a nuestra manera, de sicoseadores, si junto a las discusiones que podíamos abrir sobre el realismo socialista, el surrealismo y las ideas de Borges y Paz, etc. También hablamos y discutíamos sobre lo que decía el diario El Extra pues habíamos observado de “Moscol”. También experimentamos, en cualquier noche de bohemia y biela, jevas, desde los Negritos, el Bar Anita, la Casa de las Muñecas, la Puerta de Fierro, o lo que pasaba y se decía en el fútbol.

Pero también nuestra forma de ser modernos, “a nuestra manera”, era la de “ir a contracorriente” en las lecturas y textos que decían y repetían los intelectuales tradicionales (que ni siquiera leían la preceptiva de Bayona Posadas) y los izquierdistas tradicionales (que no salían del realismo socialista y de las conversaciones sobre arte y literatura del Foro de Yenan, de Mao).

También, nos interesaban que no quedaran fuera las “malas palabras” (el gordo Nieto acostumbraba a decir: “la palabra está bien dicha pero mal entendida”) que, a pretexto del lenguaje oficial y “culto” había sido silenciado y excluido por la gramática y la acción comunicativa tradicional.

No teníamos reparos en afirmar y sostener que la literatura estaba llena de gongorismos y alegorías, más superficiales que esenciales. Eran palabras rimbombantes, pero donde el lenguaje cotidiano del habla popular, llenas de esas expresiones, estaba ausente. Entendíamos que había retornado lo que combatieron los escritores de la generación treinta.

Nuestra visión de la modernidad no podía ni debía excluir esa llamada “mala palabra” ni los sonidos del cuerpo y la piel del cuerpo social popular. Para nosotros era palabra dicha, palabra del pueblo. Frase que tenía más sentido. Incluso algunas veces nos detuvimos a hurgar sobre el sentido comunicacional que esa expresión portaba.

Era el habla popular que constituía el instrumento comunicacional de diferentes sectores y clases subalternas, que a través de la frase “mal parido” era la mejor forma de decirle canalla y miserable a cualquier cretino que los ofendía en su pobreza; para quererlos humillar y degradar más.

Por eso, para nosotros, los sicoseadores de ayer, el habla y la cultura popular tenían que ser reconocidas como ese conjunto de expresiones sociolingüísticas, culturales, ideológicas simbólicas, etc., a través de las cuales los diferentes sectores sociales se expresaban en su acción comunicativa cotidiana.

Pensábamos que la modernidad, que teníamos que asumir, no consistía en excluir a “Pedro Navaja” porque era

un bacán al caminar. Para los sicoseadores ser bacán era, como bien dice y cree el pueblo, era ser chévere, buena nota, buena gente, sin orgullo ni pretensión sino solo un tipo o una tipa que busca y quiere ser respetado y valorado.

Por eso, pensábamos y creíamos –y seguíamos creyendo y sosteniendo– que nuestro pueblo era el más bacán de la película social cotidiana. No solo en la expresión sino también en el caminar. Y, por cierto, esto no lo aprendimos de la canción de Rubén Blades sino de nuestro habitar, vivir y relacionarnos con los diferentes sectores populares a los cuales escuchábamos y con los cuales debíamos convivir y compartir la cotidianeidad humana y mundana del Guayaquil tropical.

Descubrimos tempranamente que preferíamos a los bacanes como Pedrito Navaja, antes que a los anchetosos y comemierdas del mundo formal y acartonado que tomaba poses al caminar, al hablar y hasta al vivir. Y, por eso, se cree con derecho de despreciar cualquier expresión y giro sociolingüístico del habla popular.

No reivindicábamos como prioritario y fundamental el lenguaje del subproletariado y del lumpen urbano. Quienes piensan que ese era nuestro planteamiento se equivocan de principio a fin. Nuestra propuesta iba en otro sentido. Para nosotros lo fundamental era una acción cultural y una política de ese orden, de no exclusión hacia los sectores subalternos y sus formaciones socioculturales.

Lo que dijimos permanentemente es que la cultura popular, sus expresio-

nes, lenguaje y creaciones no debían ser excluidas y silenciadas. Eran parte de la sociabilidad de la ciudad-puerto. Constituían expresiones que eran elementos de la vida humana, mundana, socio-cultural, ideológica y lingüística de los diferentes sectores sociales de Guayaquil. Especialmente de la barrial y periférica.

Lo decíamos porque siempre reconocimos y afirmábamos que Guayaquil es una ciudad-puerto de diversos. De mestizaje continuo. Ciudad abierta. En ella, la gramática de la vida mundana no está hecha, tejida y reglamentada con el alfabeto exclusivo del lenguaje oficial. Sosteníamos que en Guayaquil “siempre hay cama pa’ tanta gente”.

La modernidad que queríamos y buscábamos, era una de inclusión. Lo creíamos así porque pensábamos que en ella todos puedan hablar y ser escuchados, respetados y valorados. Porque esa era la palabra de la vida de otros. Ellos también tenían derecho a ser diferentes y por lo tanto a expresarse de manera diferente. Incluso que ese lenguaje y habla popular tiene historia y relatos de vida que son parte de su literatura oral.

Entendiendo que esa diferencia formaba parte fundamental del hábitat cultural de la sociedad y de la sociabilidad que creaba y recreaba el colectivo del Guayaquil tropical, abierto mercantil, espontáneamente liberal. Era esa atmósfera lo que nos condicionaba y hasta determinaba.

Eran lenguajes y expresiones diferentes que tenían como principio de

origen y articulación las sociabilidades distintas que provenían de las existencias de los modos de vida diversos que habían creado, recreado y tejido la ciudad. Además que se transmitían y consumían en cada acto de su ser y hacer cotidiano de los diversos del Guayaquil múltiple y mestizo.

Creo que esa actitud de apertura y de modernidad, consciente e inconsciente fue decisiva. Por eso, no solo Nieto, Artieda, Ulloa y el “manaba maldito” (Héctor Alvarado), eran los intelectuales maduros, abiertos y siempre dispuestos a percibir, procesar y asumir los signos y sonidos de lo popular.

Sin embargo, no eran solo ellos. También los jóvenes veinteañeros como Fernando Itúrburu, Mario Campaña y Jorge Martillo, tenían la sensibilidad y la madurez de la escucha para abrirse y comprender esos sonidos y lenguajes que provenían de la gramática de la vida de los sectores subalternos. Eran sensibles de cuerpo y piel puesta y extendida en lo popular. Incluso el viejo Hugo Salazar se adhería a su valoración.

Eso lo desmontamos y valoramos en las discusiones de las sucesivas reuniones de los talleres. Para nosotros, el habla popular y el lenguaje popular eran una expresión de vida, sociedad, cultura y mundaneidad. Solo por ese hecho les daba derecho a ser, a estar reconocidos en el mundo y a tener un espacio en la acción comunicativa. Incluso a ser proceso y producto de esa cultura diferente a la oficial, “la cultura popular”.

Ahora, en la primera década del siglo XXI, cuando ya han pasado más de tres décadas y media de esos lejanos años, creo que esa actitud de modernidad tropical, mestiza y barroca, que nos definía a la mayoría, fue una de nuestras características. Hecho que pudo hacernos aparecer como irreverentes ante lo acartonado de la cultura tradicional y oficial. Sin embargo, no era ese nuestro objetivo.

Lo que buscábamos era que existan oídos, ojos y piel para entender y aceptar que habían otras voces, lenguajes, hablas y decires que debían ser escuchados, reconocidos y valorados. Hablas y lenguajes que no podían ser excluidos solo porque no tenían las reglas de la gramática oficial ni los “perjúmenes” de la tradición culterana acartonada.

Para nosotros, la modernidad era una necesidad y un deber. Éste comenzaba con la apertura a lo diferente y el reconocimiento que lo popular se hace en las calles, plazas, avenidas, parques, boliches y en todo aquello que la mundaneidad de los subalternos es capaz de crear y recrear en su vida cotidiana.

Nuestra apertura nos permitió escuchar y comprender el sonido, las notas y la vida sociocultural, incluso los imaginarios que salían de las rockolas, las cantinas, los boliches, las esquinas, los diálogos barriales y la cotidianeidad de los “otros”. Era el reconocimiento del lenguaje de los “otros”, que, al igual que nosotros, también patapereaban (vivían, sufrían, se acaloraban, caminaban y compartían) la ciudad.

Eso no lo sabíamos solo, de cuerpo, piel y biela, por las visitas asiduas y por el contacto que teníamos con los boliches populares que visitábamos (Puerta de Fierro, Casa de las muñecas, Los Negritos, Bar Anita, etc.). Lo habíamos aprendido por nuestra procedencia social, pequeños burgueses urbanizados de una clase media que no gustaba separarse del pueblo.

Además, la aprendimos y la repetíamos, cuando en casa de Ulloa, del “manaba maldito” (Alvarado) o del otro manaba, “gato mojado” (Gaitán Villavicencio), en los domicilios de ellos escuchábamos las notas de Pedro Navaja. Para nosotros esa letra era familiar. Pues conocíamos a muchos Pedros Navaja y sin navaja, con su peñilla y desocupación.

En esos recorridos cotidianos, cuando caminábamos por la ciudad, la mirábamos, oíamos y acercábamos a sus sonidos plurales, sabíamos que los subalternos creaban y recreaban su cultura. Eran esas hermosas formas que salían de El Capitán, y de otros lugares a los cuales la pequeña burguesía se acercaba. Por eso, sabíamos que:

Por la esquina del viejo barrio lo vi pasar/con el tumba’o que tienen los guapos al caminar./las manos siempre en los bolsillos de su gabán/pa’ que no sepan en cual de ellas lleva el puñal./ Usa sombrero de ala ancha de medio la’o/y zapatillas por si hay problemas salir vola’o,/lentes oscuros pa’ que no sepan que está mirando/y un diente de oro que cuando ríe se ve brillando... La vida te da sorpresas, sorpresas te da la vida ay Dios./Maleante pescador, el anzuelo que tiraste,/en vez de una sar-

dina un tiburón enganchaste./La vida te da sorpresas, sorpresas te da la vida ay Dios./ocho millones de historias tiene la ciudad de Nueva York.

La vida te da sorpresas, sorpresas te da la vida ay Dios./Como decía mi abuelita:/El que ríe ultimo se ríe mejor./La vida te da sorpresas, sorpresas te da la vida ay Dios./Cuando lo manda el destino no lo cambia ni el más bravo./si naciste pa’ martillo del cielo te caen los clavos./La vida te da sorpresas, sorpresas te da la vida ay Dios (“Pedro Navaja”, Héctor Lavoe).

Nuestra otra forma de pretender ser modernos no era improvisada ni novelera. Tampoco de obsesión innovadora. Era de guayacos abiertos, plurales y dispuestos a entender y aceptar que otros también viven, sienten y en la acción comunicativa pueden crear y recrear diferentes formas de expresiones y ritualidades culturales. Por eso, la letra de Pedro Navaja nos era familiar, no como nota musical, sino como gramática de la vida cultural, tropical y guayaca.

En este sentido, pretendíamos ser procesadores y chefs de una curiosa fanesca tropical. En ella, convergían, fusionándose en una singular y compleja síntesis, los productos de la cultura moderna, su racionalidad crítica y sus mejores productos culturales e intelectuales con la cotidianeidad mundana y callejera del Guayaquil tropical.

Esto no consistía solo en leer, estudiar y discutir lo que escribieron y decían Roland Barthes, Ferdinand de Saussure, Arnold Hauser, Georg Lukács, Jean Paul Sartre, etc., también era la inclusión del argot y la simbo-

logía popular que se expresaba, difundía y consumía en la cotidianeidad del Guayaquil tropical.

A lo mejor, con el lenguaje de los tránsfugas de la modernidad y la racionalidad occidental de hoy, que reniegan de ella y que la llaman coloneidad, era nuestro modo de ser. Por eso, aún, luego de más de tres décadas, todavía conservamos y cultivamos esa sensibilidad que nos parió en los setenta. La que nos llevó a mezclar la gran teoría literaria y estética con la estética, filosofía y cultura callejera del mundo tropical guayaco.

Es posible, que ayer como hoy, no coincidiéramos en algunos aspectos de la percepción y el modo de sentir, vivir, reproducir y hablar la atmósfera popular que nos condicionaba. Aclaremos esta idea. En Sicoseo nunca fuimos unánimes, ni buscamos serlo. Nos entusiasmos y alegramos de nuestras sanas y normales diferencias. Supimos manejar, bien vivir y gozar de las discrepancias.

Nuestra modernidad tropical, barroca, mercantil y del mestizaje perpetuo, no era solo de piel, superficial. Era de cuerpo y sensoriedad. Tenía que ver con el pensar, decir y modo de vivir de una nueva sensibilidad. A esa sensibilidad la podemos llamar: “abrirse, escuchar, asumir y tener viviendo lo popular” del trópico urbano, portuario y mercantil de Guayaquil.

En lo que todos podíamos coincidir es que teníamos “conciencia del tiempo y su necesidad de autocercioramiento” (Habermas, 2008: 11), y, por lo tanto, podíamos llamarnos y

reconocernos como poderosos. No lo fueron por “contreras” con el pasado, sino porque ese pasado (esa tradición) lo sentíamos como excluyente y silenciador de lo que nosotros veíamos y sentíamos como real, pero excluido.

Sin embargo, en el marco de estas diferentes formas de percibir, sentir lo popular no solo tenía que ver nuestra condición de pequeños burgueses tropicalizados. Tampoco la procedencia de nuestros barrios –generalmente populares– en los cuales habíamos crecido. Operaba otro factor: la determinación de los setenta en las capas medias urbanas.

Por esto, teníamos y poníamos esas “nuevas” viejas cosas, hechos y procesos que estaban ahí pero que no les habían puesto palabras porque no las veían, no las oían y no las reconocían ni nombraban aunque se chocaban diariamente con ellos. Eran atmósferas, sonidos y decires de alto voltaje y alto volumen que la “cultura oficial” desconocía, ignoraba y no quería cambiar.

La rockola y la cantina estaban en el cuerpo y la piel de la ciudad. Los burdeles eran parte de las calles, parques y avenidas de Guayaquil. Eran los sitios no oficiales que oficialmente había que reconocer, conocer, visitar y frecuentar, como lo hacía el común de los tropicales y bohemios de los guayacos. El fútbol y los estudios también están ahí con sus gritos, convocatorias y rituales.

También estaban la Fania, el gran cambio de Puerto, Héctor Lavoe, Cheo Feliciano, Willie Colón, Celia, la Sonora Matancera, Daniel Santos, J.J., otros

boleros y los diversos exponentes de la “balada lagrimógena” que sonaban sus radios y rockolas. Canciones, notas y ritmos que expresaban los modos de vida de la urbe guayaquileña. Era más urbana y moderna. Se abría a nuevos modos de vida a la cual se incorporaba con facilidad.

La ciudad mercantil capitalista, de tropicales y mestizos cuerpos y lenguajes, no dejaba de incorporar lo nuevo que se producía y difundía en la industria cultural de Latinoamérica. La urbe guayaca ya no tenía el ritmo lento de los treinta y cuarenta. Todo era acelerado y se daba a ritmo de mambo, cha cha cha, cumbia y bolero caribeño.

Todo esto nos decía que estamos inversos, convocados y provocados. No solo por sus nuevos sonidos y la experiencia de la vida tropicalizada. Había algo más. Estaba presente y activa otra forma y modo de vivir que no estaban en las crónicas y noticias oficiales de los magazines, pero que todos escuchábamos, queríamos y buscábamos. No era la novedad sino la realidad excluida la que pedía y debía ser escuchada, creída y valorada.

Ahí estaba esa nueva modernidad, que nos decía que había que escuchar al hombre de la galleta (vendedor ambulante de creativa versificación, a través de la cual voceaba su producto y vendía) con su capacidad y riqueza versificadora, que cotidianamente recorría la ciudad. A él lo escuchábamos, vacilábamos y nos vacilaba. La ciudad, sus intelectuales, la cultura, no podían ignorar esto que era inmenso, mundano, masivo, socialmente nuestro, mo-

derno y contemporáneo.

Era la cultura popular, con toda su riqueza y pluralidad de significados, la que se nos develaba y revelaba, como elemento-sustancia del cuerpo, la piel y del lenguaje social y cotidiano del Guayaquil real, mundano y placentero. No podíamos ni debíamos negarnos a percibir, escuchar y tratar de entender ese “otro” lenguaje de esos “otros” sectores sociales (subalternos) que recreaban la vida y la sociabilidad desde lo popular, la cultura de los guayacos.

No hubiéramos sido nosotros, los sicoseadores, si hubiéramos ignorado y silenciado que la “Puerta de Fierro” era la puerta del Guayaquil popular, bohemio y cabaretero. Esta era una vía de acceso, que se tocaba cada noche para que la abran y tenga acceso a una sana diversión de tragos, putas y joda cotidiana. A esa puerta accedían y la tocaban una gran mayoría del pueblo y de la clase media baja. Detrás de ella se cobijaba y expresaba el cuerpo placentero del Guayaquil popular.

No podíamos ignorar a “Moscol” (uno de los tantos “locos” de la cotidianeidad guayaca que tenía su forma tan original de mostrar su razón extraviada). No hubiéramos sido consecuentes. Él nos enseñaba que en sus raros, enigmáticos e indescifrables signos, se escondía su extravío de la razón. Ruta que él no requería, porque parecía ser feliz, con esa fuga de la “loca normalidad” en la que nosotros debíamos permanecer, pagando el precio de ilusoria normalidad.

Lo popular desde el campo social y la piel personal

No pudimos ser un grupo de intelectuales indiferentes, cómodos, que solo miraban los toros de lejos. Para los sicoseadores era imposible no escuchar el sonido de la rockola, al J.J. radial, el sexoplacentero callejero de la 18 y de la cantidad de cabarets y de sexoservidoras que conocíamos y visitábamos.

Tampoco quisimos ser un referente. Solo no buscamos ser lo que otros fueron. No desconocemos que éramos parte de una tradición, pero pretendimos ser modernos a “nuestra” manera. Y para nosotros, esa era “otra” manera de no ser de la tradición. Mejor dicho, de conservarla-rompiéndola. Eso hacía que dejáramos que la ciudad tropical, la urbe-puerto, nos pueda tener, hablar, quejarse y gemir desde su cuerpo social que habitamos y cotidianamente recorrimos.

Desde el primer momento que nos agripamos, como heterogéneos y diferentes, tuvimos la sensación que algo nos obligaba a hacerlo. No era solo el descontento con la tradición. Era algo más. No sabíamos qué era. Pero sentíamos que “ese algo” era la ciudad. Era Guayaquil como pasión corporal, social, humana y mundana que habitaba en nosotros y nos llamaba a ser otros.

Para nosotros “ser otros”, en Guayaquil tropical y popular no era cosa que dejar que su cuerpo social-mundano que habita en nosotros hable desde nuestra piel. Era necesidad de “ser otros”, de ser diferentes y de no

seguir los referentes tradicionales, era sencillamente recoger la cotidianeidad popular.

Esa sociabilidad popular, que en los veinte y treinta, el grupo de Guayaquil lo entendió como lo negro, montubio, cholo, mulato y su rica habla popular, que la literatura tradicional, no recogía, despreciaba y hasta excluía. Ellos fueron modernos porque fueron incluyentes.

Nosotros también quisimos serlo. Nos propusimos serlo. La revolución “popular” dandinista en Nicaragua y el Frente Popular Farabundo Martí, en El Salvador, nos decía que lo popular valía, que era importante. Y que, además, podía hacer una “revolución popular”. Y, como izquierdistas sensoriales, así lo entendíamos y lo asumíamos.

Para nosotros, pequeños burgueses, que presumíamos de ilustrados nos codeábamos cotidianamente con el “glamour populista” urbano, que había parido al CFP, al guevarismo, menendismo, buccaramismo y roldosismo, lo popular era atmósfera. Por eso, lo teníamos en la piel. Era sonido, canción, letra, música, habla, decir, joda, coba, refrán, piropo y mucho más.

Por eso, nuestra apertura a lo popular no fue solo decisión y acuerdo racional de todos. Fue, fundamentalmente, reconocimiento de nuestra situación y pertenencia a un hábitat sociourbano que era ritualidad continuamente socializada. Era modo de vida, y atmósfera. También lenguaje cotidiano y gramática popular de una ciudad que nos habita y recorre,

en cuerpo, piel y sentido. De hecho se constituía en una suerte de lenguaje que se expresaba en nosotros y que los sicoseadores manifestábamos. Era la expresión sociolingüística del sonido y habla del guayaco de la ciudad-puerto.

Por esto, al abrirnos a lo popular, para que hable, desde el ejercicio escritural no requirió gran esfuerzo. Pero no lo hacíamos todos. Los ensayistas lo hacían más desde la necesidad de pensar-mostrar que hay “una razón” y un “ser popular”. Los poetas y narradores lo hicieron desde sus ámbitos. Creo que ellos fueron los que marcaron la ruta.

Al menos esto es lo que creo y pienso, cuando reflexiono retrospectivamente, sobre el trabajo escritural de la mayoría. Ahí están los ejercicios escriturales del gordo Nieto desde la letra y sonido de la salsa (el humano del pueblo), Fernando Artieda y desde la coba y joda, del refranero popular el manaba maldito.

Pero, también lo ejercieron muy bien, con gran originalidad y piel abierta, los relatos del negro Ulloa (sobre tu tumba una rumba) y Jorge Velasco Mackenzie. Y, un poco entre lo cotidiano sensorial, y lo intelectual leído, Fernando Itúrburu y el Conde (Jorge Martillo).

Campaña (esporádico visitante y lejano integrante), Fernando Balseca y Raúl Vallejo, estaban en otra “onda”, pero no en la “cultura” sino en la de la “clase media abierta” a lo que dice y hace esa posición sánduche. Pero tenían grandes y originales irrupciones en los popular-medio.

Sobre lo popular, Sicoseo, nuestra apertura, comprensión y modo de percibirlo hay publicado una extensa conversación que realizó Itúrburu con el gordo Nieto y yo, que se publicó en dos números de los cuadernos literarios de la Escuela de Literatura de la Universidad Católica. Ahí están algunos casos que muchos desconocen sobre nosotros y lo que pensábamos sobre lo popular.

Pero, lo más importante está en las obras que todos publicaron. En lo que dijeron sus personajes y en lo que expresaron en sus poemas y relatos. Y en lo que perdimos y no grabamos, en esas ricas y cerveceras conversaciones que tuvimos en el café, en la caminadora, y en las cantinas y burdeles de Guayaquil.

Mención especial merece el trabajo de Hugo Salazar, el más joven de los viejos. Ese cuencano guayaquileñizado, se planteaba lo popular como lo vivió y sintió la generación del 50. La que tenía fresca la memoria de ese grito y eclosión popular que la historia social conoce y reconoce como la Gloriosa (el levantamiento popular del 28 de mayo de 1944, en Guayaquil).

Su honda no era la música popular. Tampoco J.J., el Jefe, peor la salsa. Él, como buen comunista disidente, fechado e identificado con los jóvenes, entendía lo popular como “los grupos y deseos subalternos”. Ahí nadie le ganaba. Por eso, coincidía y se identificaba como el más viejo de los jóvenes sicoseadores.

Ni parricidas, ni diletantes. Solo buscadores de “nuestro lugar”, que in-

tentábamos hacer. Atrevidos, por atrevernos a crearlo, recreándolo y tejiéndolo desde la cotidianidad tropical de la mundanidad moderna del Guayaquil de la década 1970-1980. Lo buscábamos hacer, y lo hacíamos como podíamos, en la ciudad profunda. La que se había olvidado del objeto de trabajo, de la realidad vital y del producto socioliterario que puso en la escena histórica, en el imaginario y en el proceso escritural, la literatura del grupo de Guayaquil. Por eso éramos modernos de lo popular, desde nuestra manera de ser y de vincularnos a ese ambiente tropical, bohemio, sexoplacentero de intelectuales tropicales guayacos.

Algunos despistados (y también otros precipitados) nos atribuyeron, erróneamente, que éramos parricidas. No lo fuimos. Nunca nos propusimos serlo. Pues le debemos tanto al compromiso y ejercicio intelectual al Grupo de Guayaquil que hubiera sido una inconsecuencia y desatino el solo hecho de intentar hacerlo.

Quienes no conocen la historia del colectivo y las determinaciones que nos impulsaron a ser Sicoseo, tienen todo el derecho de hablar desde afuera. Pero el grupo Sicoseo comenzó inventariando, discutiendo, evaluando y valorando todo lo valioso y trascendente que nos legó el producto estético, literario y social del Grupo de Guayaquil (más de diez cassettes de una hora fueron grabados de esa rica discusión).

No podíamos sin fundamento ni argumentos dejar de reconocer que los montubios, cholos, negros seguían siendo –y aún lo son– parte inescindible de

la cotidianidad sociocultural, sociolingüística, laboral y económica de Guayaquil. Además, siempre reconocimos que la Generación del 30, especialmente el Grupo de Guayaquil, creó una nueva literatura, puso personajes, creó una nueva y original narrativa, que nosotros no queríamos superar sino recuperar desde nuestra modernidad popular.

Buscábamos esa modernidad popular porque entendíamos que el montubio, cholo y negro también era jaramillero, iba a las cantinas, ponía la moneda en la rockola y escuchaba al Jefe y a J.J. Entre su recorrido de “san viernes” también estaba un encuentro con los burdeles, donde se da el encuentro del amor alquilado que ofrecen las sexoservidoras. Montubios, cholos y negros urbanos, también bailaban boleros y eran salseros, escuchaban y disfrutaban de las canciones del maestro Lavoe, Ismael Miranda, el Gran Combo de Puerto Rico, Cheo Felisiano, Willie Colón, etc.

Solo pretendíamos estar en el lugar que la ciudad-puerto tropical, bulliciosa, sensual y sexualizada nos quería dar. Pero sabíamos que ella solo da cuando uno lo busca y se posesiona de este lugar ganado. No queríamos que nos leyeran en una línea opuesta a ellos. No éramos disidentes sino coincidentes.

En efecto, sabíamos que coincidíamos con otros grupos de intelectuales de la ciudad que se había planteado lo popular sin adherirse a lo popular y sin concederle un milímetro al perfecto y a la propaganda ideológica-política.

Por esto, los viejos “intelectuales” comunistas no nos veían con buenos ojos. Incluso habría algunos que nos tiraban “bandera negra” y otros, hasta nos detestaban porque siempre nos negamos a “hacer panfletos”. Y, además, nos negamos a rechazar a Borges y Paz (detestados por ellos).

Algún solitario integrante de Sicoseo, en algún momento de despiste dijo –y otro despistado periodista lo tomó al pie de la letra– que nosotros éramos parricidas. No era así. Solo hay que leer lo que dijimos y escribimos. Especialmente lo que reflexionamos sobre la Generación del 30.

Fernando Nieto, el querido gordo, tiene los ocho cassettes que se grabaron de una rica discusión (mejor decir, conversación y diálogo crítico) que tuvimos –cuando recién comenzábamos como taller– los integrantes de Sicoseo al interior de nuestros ejercicios de análisis.

De esos contenidos y de lo dicho ahí no se puede desprender tal afirmación. Nosotros buscamos hacer lo mismo que hicieron los del grupo de Guayaquil: que hablen los nuevos personajes que viven y saben el Guayaquil social, humano y mundano. Y esto está en la misma línea de ellos.

La nuestra era una reacción contra la omisión y silencio a las nuevas voces que la ciudad compleja, tropical y mercantil había incorporado. Más aún, como éramos de vida bohemia y “mal hablados” teníamos piel para que se prenda lo popular y no lo popularacho (véase y léase el poema de Artieda sobre J.J. como una muestra y evidencia de esto).

Si algún principio se podía expresar era el de detestar y combatir a los mejores intelectuales comunistas, que llenos de acartonados y burocráticos rituales reducían su ejercicio intelectual a glorificar y propagandear la propaganda literaria soviética y china. Y a los procesos contra escritores cubano descendientes.

Nuestra línea era otra. Nunca re pudíamos –y no teníamos por qué hacerlo– ni a Paz, Borges, Padilla, Lezarrá Lima, Vargas Llosa, etc. Podíamos discutir de la música de la nueva Trova Culuma, pero no suscribíamos ninguna dogmática y fractura sectaria. Por esto, algún funcionario comunista decía que Sicoseo era un grupo de “borrachos anticomunistas” (cuando lo dijo quedó foco, nadie le hizo caso ni aprobó la ofensa).

La historia, con su reloj, de horastiempos ineluctables, nos deja ver, en retrospectiva, y pensar, lo que hicimos cuatro décadas atrás. Fue en los setenta, del siglo pasado, en esa lejana convocatoria-accionar, de atrevidos intelectuales guayacos, que buscamos ser modernos revalorizando lo popular. Lo hicimos en el contexto de esos tiempos. Usando lo que el entorno puso a nuestra disposición y sensibilidad.

No inventamos ese momento histórico. Lo asumimos con lo que trajo y nos dejó como tarea. Por eso siempre creeré que no somos nosotros, los reales sicoseadores (no los que dicen que son y nunca fueron), quienes deben decir si lo logramos o no. Deben hacerlo otros. Si no lo logramos, no importa. Lo importante fue que no eludimos la tarea.

La asumimos e hicimos con la clara conciencia de estar ante un compromiso que no podíamos ni debíamos eludir.

Han pasado algunas décadas. Ya no somos los jóvenes sicoseadores sino los intelectuales que vivieron ese pasado sensorial y mundanamente, en cuerpo, piel y espíritu, ese pasado sociocultural que hicimos y sentimos de otra manera. Creo y quiero creer que lo logramos. Pero de lo que sí estamos seguros, la gran mayoría, es que Sicoseo fue un proyecto y proceso que valió la pena.

Ya no está Hugo Salazar Tamariz, “el viejo”, tampoco “el ronco” Fernando Artieda, que debe estar visitando el Capitán, la Casa de las Muñecas y bailando con “la rubia” o “la samba”, o chupando con J.J. o el Jefe Daniel Santos. Sin duda alguna, están jodiéndole la vida a Dios y San Pedro a ponerse en la onda sicoseadora y salsera. Solo seguimos reconociéndonos sicoseadores Fernando Nieto Cadena, que nos ve desde México; los hoy sociólogos Gaitán Villavicencio y José Luis Ortiz.

De los sicoseadores literatos, siguen dando candela Jorge Velasco Mackenzie, el “Conde” Jorge Martillo, que hace valiosas crónicas periodísticas del Guayaquil profundo y popular. El “manaba maldito”, Héctor Alvarado, sigue jodiendo la vida. Otros decidieron seguirse reconociendo sicoseadores pero abrazaron la academia y la enseñanza universitaria: Fernando Balseca (graduado en los Estados Unidos en Letras, es un prestigioso profesor de la Universidad Andina, sigue siendo poeta pero ha devenido en un excelente ensayista), Fernando Itúrburu (profesor de

una prestigiosa universidad norteamericana sigue obsesivamente adherido a lo popular), Raúl Vallejo (fue ministro de Educación y es actual embajador en Colombia) y Mario Campaña (estudió en España, donde actualmente vive. También se hizo académico).

Si nos pidieran que mostráramos lo que hoy somos, más del 50% nos hicimos académicos. Pero todos seguimos fieles a lo que Fernando Nieto nos decía siempre: que aceptemos que somos intelectuales responsables, que en el lenguaje de él significaba investigar, estudiar, producir. Desde esta perspectiva y ejercicio seguimos siendo los sicoseadores de ayer.

Edwin Ulloa (también se hizo académico, ha sido por muchos años profesor universitario), sigue produciendo hermosos y sesudos cuentos. Creaciones que nos recuerdan a los de ayer. Nos sigue invitando a realizar “Sobre tu tumba una rumba”. Se hizo periodista. Sigue pendiente y comprometido con lo popular. Él, al igual que Fernando Nieto, siguen amando, en escritura, pasión y letra, lo popular.

Para finalizar, quisiera recordarles parte de un poema de Fernando Balseca de la revista No. 1 de 1977 que decía:

Nos trezábamos en pelea feroz/tú defendiéndote del tipejo extraño que te hostiga/yo buscando la llave del cinturón de castidad/mejor dicho te hablo claro monserrat/te portabas como una gata inagotable/peligrosa/apurada/difícil en resumen/me dejabas jadeado/bufando/cada vez que quería darte una mordedura de lengua (Fernando Balseca, *Sicoseo*, No.1, 1977).

Si fuéramos un colectivo intelectual del presente, con seguridad nos hubiéramos hecho campaña “proimperialista”, hasta ser socios y asiduos clientes, para la reunión, la bohemia, la joda y el sexoplacentero en El Imperio (sitio de sociabilidad, bohemia y vida sexoplacentera del Guayaquil de Durán). En él bien puede coexistir lo que nosotros buscábamos y las nuevas formas bajo las cuales se expresa la vida social popular.

De hecho, la sola desaparición del Bar Anita y la Casa de las Muñecas nos dice que ese pasado de los sicoseadores, ya es parte de lo imaginario, de la vida sociocultural del Guayaquil tropical de los intelectuales de ese tiempo procesado y consumido. De un grupo de guayacos de la pequeña burguesía y la clase media urbana que intentaron ser modernos desde lo popular. Precisamente por eso quisiera finalizar con uno de los poemas de Fernando Nieto que decía:

Si solo solamente hubieses sido la predecible/la esperable/en un rincón del alma no se estaría aburriendo el/poema que me dejó tu adiós/dejémonos de cosas/piensa bien lo que haces lo que dices/si solo solamente hubieses sido la esperable/la que se iba en besos/si solo solamente hubieses sido la predecible/la que se quedaba en el carro/si solo solamente hubieses hecho lo que te dijo/lo que te enseñé/ dos pasos palante camina sin ciudad/no estarías ahora camellando en el parque/tiritandito de frío mamacita rica/estaríamos juntos quizás/quizás ausentes/satabárbababendita ábremenuevoscaminos/virgendelaclaridad/estaríamos

sin este amor-rencor. (Fernando Nieto Cadena, *Sicoseo*, No. 1, 1977).

Los sicoseadores, que no reverenciamos ni nos ahogamos en la ritualidad del pasado, sino que nos atrevimos a intentar ser modernos desde lo popular, que hoy podemos suscribir algunas propuestas posmodernas, no somos nostálgicos de lo que hicimos. Solo dejamos el registro de lo que fuimos capaces de hacer. Este ensayo es un acercamiento de esa historia que hicimos y de la cual no nos arrepentimos.

Bibliografía

- Bauman, Sygmunt,
2002 *Modernidad líquida*, México, editorial Fondo de Cultura de México.
- Heller, Ágnes,
1981 *Para cambiar la vida*, editorial Crítica, España.
- Habermas, Jürgen,
2008 *El discurso filosófico de la modernidad*, Madrid, Edit Katz.
- Sartre, Jean Paul, en Bolívar Echeverría, y Castro, comps.,
1970 *Los intelectuales y la política*, México, Siglo XXI.
- Sarló, Beatriz,
2005 *Tiempo pasado, cultura de la memoria y giro subjetivo. Una discusión*, Argentina, Siglo XXI.
- Varios autores,
1977 *En Sicoseo*, Casa de la Cultura Ecuatoriana, Guayaquil, Núcleo del Guayas.

LAS ESPOSAS DEL MARISCAL JOSÉ DE LA MAR. 1822

Pedro Reino Garcés

Dos gaviotas vuelan sobre el río Guayas. La tercera va y viene con un cadáver por el mar. A veces vuelan sin plumas, a veces vuelan sin canto, a veces vuelan sin nombre, pero siempre vuelan sin cuerpo. Una vuela para Lima. Otra vuela a Cartago en Costa Rica. Vuelan y regresan a estar siempre solas en Guayaquil, acurrucadas bajo la lluvia. Las dos hacen el nido por las noches, pero al amanecer, en vez de huevos encuentran balas. La tercera llora lágrimas de sal. En esos tiempos en Guayaquil las mujeres nacían en unas cajas forradas de largas aristocracias.

José Domingo La Mar y Cortázar recoge de su memoria un nido de rifles en Cuenca donde nació un 12 de mayo de 1776. Ha dejado un libro de leyes en su palacio de gobernante del Perú. Cuando abre su maletero de desterrado en Costa Rica, encuentra que está lleno de traiciones. Decide morir de soledad más que de tristeza, pero muere de impotencia más que de rabia un 11 de diciembre de 1830, allá, lejos de nadie, después de haber sido gloria de España, donde tuvo cuatro mil hombres a su mando contra los franceses.

Su prima Josefa Rosa Nicolasa de Rocafuerte y Rodríguez de Bejarano que había nacido en Guayaquil el 2

de septiembre de 1781, debe ser la primera esposa de tan insigne militar. De este modo su primo Vicente Rocafuerte Bejarano será también su cuñado presidente del Ecuador. Su entrañable amigo el poeta José Joaquín de Olmedo le visita en su hacienda de Buijo y le nombra Comandante General de Armas de Guayaquil el 14 de enero de 1822. Un sábado 20 de abril de ese año, le ascienden a Gran Mariscal, según dicen, por gratitud de pueblo peruano y por disposición de Su Excelencia Don José Bernardo de Tagle Portocarrero, encargado del poder, mientras San Martín se entrevistaba con Bolívar en Guayaquil.

¿Qué cosas se dirían entre La Mar y Bolívar en Guaranda el 2 de julio de 1822? Colombia no quiere que Guayaquil sea un estado independiente. La Mar recoge sus armas y viaja al Perú. Como él no tiene tiempo para matrimonios, le ayudan a decidir que debe casarse mediante un poder un 6 de noviembre de 1822. Su esposa duerme con sobresaltos y muere yerma el 22 de abril de 1826.

No es bueno que los altos militares vivan sin esposa. Se oxidarían las medallas. No tendrían quién les llore en sus partidas, ni quien pida perdón a Dios por sus matanzas. Tampoco es

bueno que pasen a la historia como uno más de los gobernantes tristes, le dicen. Su familia le apoya para que se case con su sobrina carnal que tienen los nombres apropiados para agradar a Dios y al Gran Mariscal: María de los Ángeles Dolores Pía de Elizalde y La Mar, ella también ha sido bautizada en la iglesia Matriz de Guayaquil un 11 de julio de 1793. La Mar está expatriado en Costa Rica y allá se le adelantó la muerte el 11 de octubre de 1830. Ella debía casarse por poder, pero el pudor se queda virgen.

Seis esclavos negros cargan el ataúd de quien combatiendo en tan-

tas independencias no les hizo libres. Delante de su féretro le lloran: un regio caballo blanco adornado con colores de banderas y borlas de hilos de oro; y el chivo domesticado traído del Cusco que mira el féretro por última vez parándose en dos patas. Una Señora, que llaman Otoya, es la que, anda cargando los restos de su bello muerto por diferentes patrias del mar Pacífico. Por esos tiempos, todo infierno quería tener el rango de república. La gente de Piura le pone manojos de espinas en su tumba. Finalmente, sus huesos se acomodan más en la memoria del Perú.



“NO HAY NADA QUE CAMBIE MÁS LA VIDA DE LAS PERSONAS QUE LA LECTURA DE UN BUEN LIBRO”

Marigloria Cornejo Cousín

Y todas estas consideraciones para llegar hasta el recinto ferial en el que por octavo año se celebrara una verdadera fiesta de los libros, a la sombra de un español que aun cabalga como un Quijote cumpliendo una misión de vida en beneficio de la cultura de la ciudad y del país, y que no ha desmayado en su propósito de contribuir a que se lea entre nosotros. Tarea ardua la de Jaime Rull Mayoral, que parece que nunca ha olvidado que “libros, caminos y días dan al hombre sabiduría” –como reza un viejo proverbio árabe.

Desde la etapa lejana en que el libro tenía la forma de un rollo en una de cuyas caras se escribía el texto en columnas; pasando por la del cuero y por la del famoso pergamino que justamente toma su nombre de Pérgamo, - punto geográfico donde se ideó por primera vez el método de tratar las pieles de los animales para crearlo, hasta llegar al primer molino de papel montado por los árabes usando paja de arroz, que estuvo localizado en Játiva, Región Valenciana, en 1150, pasan muchísimos años con vicisi-

tudes las más diversas pero siempre en procura de que su producción sea mayor y más barata que el pergamino. El papel que se produjo entonces en dicho lugar era de primerísima calidad, a tal punto que desde entonces Játiva llegó a conocerse como “la cuna del papel”. Esta industria –la del papel– contribuyó efectivamente a que España y Europa entera caminen y se introduzcan en la modernidad, justamente por esa circunstancia histórica se presentó en la UNESCO una petición para que esa hermosa localidad valenciana sea declarada “Patrimonio de la Humanidad”.

Pero volvamos al objeto que nos convoca hoy: al libro y al legado que nos deja su lectura, pues de eso se trata, resaltar los beneficios que el libro y su lectura derraman sobre cada uno de nosotros. ¿Y por qué he pensado en todo esto? Porque aparentemente atravesamos un momento difícil junto a innumerables factores que podrían contrarrestar su sobrevivencia. De ahí que haya considerado oportuno recordar y recordarles lo que nos dejan el libro y la lectura.

Entre muchos elementos, los más evidentes, a mi juicio, son los siguientes:

- Aumenta el vocabulario y mejora la ortografía.
- Genera facilidad para que podamos expresar nuestros propios pensamientos a la par que fortalece nuestra capacidad de pensar.
- Aumenta el bagaje cultural de la persona.
- Desarrolla la capacidad de análisis y el espíritu crítico.
- Abre los horizontes del hombre llevándonos a los lugares más distantes en el tiempo y en el espacio.
- Y, sobre todo, nos hace más libres, pues es verdad incuestionable aquello que oíamos a los abuelos:

¡Más libros... más libres!

Ustedes van a coincidir conmigo de que la lectura es algo que nos envuelve y nos genera deleite; es realmente una pasión porque es una actividad genuinamente humana que siempre deja huellas. Por eso tenía muchísima razón D. Pedro Laín Entralgo, académico español, pues insistía siempre en que “todo cuanto un hombre lee es por él personalmente re-creado... ¡vuelto a crear!”.

Pero estas reflexiones no concluyen con lo dicho, pues también me han conducido en torno a los libros electrónicos cuya presencia ha ocasionado una auténtica revolución desde todo punto de vista. Con solo mencionar, por ejemplo, que Amazon –la marca americana cuya sede central está en Phoenix, Arizona– facturó, en diciembre de 2011, un millón de tabletas cada semana en distintos mercados en los que comercializa sus

productos; y, además, la descarga de libros electrónicos desde su web creció el año anterior en un 175%. Hablo solo de España, y aunque los editoriales de siempre creen que estas cifras están exageradas, no es menos cierto que el asunto preocupa. Y repito: me refiero solo a España.

Estas cavilaciones despiertan, aunque no lo haya buscado, cierta nostalgia por lo que fue este objeto maravilloso que es el libro en sus primerísimos tiempos: escribir, copiar, conservar. Pero, el tiempo y la civilización no se detienen jamás y el precio del denominado “progreso” es muy elevado.

Por todos los pensamientos que he compartido con ustedes en torno al objeto substancial de esta feria, ahora cuando tanto se menciona la llamada “participación ciudadana”, creo que es el mejor momento para direccionarla hacia el desarrollo y el fortalecimiento de una auténtica política cultural. Hacia allá deberíamos encauzar nuestra proa o dirigir nuestro esfuerzo pues sin lugar a dudas una vida cultural activa, bien orientada, con sentidos de inclusión y de verdadera identidad, por fuerza llegará convertirse en parte substancial del tejido social que marcará una nueva fisonomía en las comunidades, y cambiará la calidad de vida.

La lucha por defender la cultura del libro es el gran reto que espera a Guayaquil y al Ecuador si buscamos todos abolir las tinieblas para recibir el resplandor del conocimiento.

ANTROPOLOGÍA DE LA POBREZA

Rodrigo Murillo C.*

En las antípodas de la gloria, del honor, de la eternidad y sus héroes se halla, olvidado, un extenso valle de hambre y angustia; al otro lado –en la misma hoja– de la epopeya y la leyenda (ocasionalmente apócrifas), se escriben o se olvidan las historias de los marginados, de los pobres y los humildes. ¿Será ignorancia, indiferencia o descuido? El hecho es que los libros de historia no registran la vida de familias y hombres comunes y corrientes; han dejado la materia para los antropólogos y algunos poetas; quizá una dolorosa inspiración para los pintores. ¡Cuántas lecciones de lucha por la supervivencia quedan anónimas! ¡Amargas experiencias que dejan secuelas y traumas irreparables! Habiendo mucho que reflexionar de ellas; para mejorar lo que se llama calidad de vida; para empezar a escribir la historia de un futuro gobernado por la justicia y el equilibrio. He aquí la breve narración de una larga y densa historia de vida. No añadido un solo detalle para ganar en expresividad y dramatismo; es la verdad desnuda de hechos, exactamente como han ocurrido. Después concluiremos si valió la pena dedicarle unos minutos de lectura.

Al comenzar el nuevo milenio, en un sector de Machala que de pronto se vio rodeado de mansiones y lujosos edificios de apartamentos, la familia LL mantuvo la “soberanía” de su propiedad, a ese tiempo una casa pequeña de hormigón con techo de zinc y un minúsculo patio para los niños y sus perros. Los escasos cuartos de la vivienda (no serían más de cinco, incluidos sala y cocina) estuvieron ocupados de manera permanente por 22 personas, salvo cuando recibía visitas, ocasión en que los cuartos acortaban su espacio. El patio, totalmente sucio, servía además para amontonar materiales de construcción, criar chanchos y en la noche se plagaba de ratas.

Una familia “ampliada” habitualmente ocupaba la casa; la formaban sus cabezas principales: Luis y Julia, casados según los mandatos de la ley y de la Iglesia; cinco hijos, cuatro mujeres y un varón (el menor de todos); tres yernos y doce nietos. El origen del hacinamiento y tanta complacencia sería la bonanza temprana que disfrutó el viejo Luis –albañil muy fuerte y trabajador, contratista mañoso– cuando los hijos eran pequeños. En su estreno la pequeña villa estaba perfectamente enlucida por dentro y por fuera, con

piso de cemento pulido y un cerramiento elegante; en el patio se levantaban algunos árboles ordinarios.

Algunos años atrás, en el apogeo del matrimonio, los contratos de construcción menudeaban gracias a la expansión urbana de la ciudad. No faltaba abundante comida en la mesa de la familia; puntualmente, desayuno para los muchachos a las seis de la mañana; hora en que Lucho ya estaba organizando la ejecución de sus trabajos. La señora Julia dedicaba su jornada totalmente al cuidado de los hijos y el arreglo de la casa; el lavado de la ropa se repartían todas las mujeres, así como las tareas de cocina. El patriarca era un hombre de cuerpo rechoncho, baja estatura, piel tostada, cara tosca, pelo negro y grasoso, voz gruesa pero dubitativa; exactamente, a la hora del mediodía, estaba sentado esperando el almuerzo, en grandes vasijas que rebañaba en un santiamén. Su mujer, Julia, vestía con sencillez de campo, de cabello completamente encanecido, no tenía atractivos físicos y su principal virtud sería la tolerancia, en especial para ignorar las infidelidades de su marido.

Los hijos no salieron buenos para el estudio: las mujeres encontraron o les impusieron marido precozmente, sin preocuparse de escoger, el varón se dedicó al mismo trabajo que su padre. De ellas solo la menor nació un poquito simpática, las demás aquejan una fealdad que empeora con la fuerza de la gravedad. Empezó a crecer la familia, a llenarse la casa. La mayor y menos agraciada, Rosa, fue obligada

a casarse con un anciano llamado Antonio, quien era el verdadero dueño de la casa donde ocurren los hechos narrados. Ya revelaremos la maraña que envuelve a esta propiedad. La pareja de Rosa y Antonio tuvo cuatro hijos, tres de ellas mujeres, unas tiernas chicas, en extremo tímidas, tan delgadas como espigas: no heredaron para nada los cromosomas de su madre. Antonio había estado casado antes, tenía hijos mayores, uno de los cuales, de nombre Juan, más tarde llegaría a compartir la casa.

La segunda hija –tiene apariencia de ser la mayor– se casó con un cocinero que padece sordera casi total. No es precisamente un chef de alta cocina, trabajaba horneando pizzas en un prestigioso restaurante que fue cerrado por quiebra. Para sobrevivir puso su propia pizzería en la casa del suegro Luis, de la que poco a poco se fue adueñando sin pagar arriendo. Finalmente se apoderó de todo el inmueble, de manera que el viejo Lucho con su esposa Julia y el resto de la familia tuvieron que salir y buscar hospedaje en la casa de Antonio y Rosa. Así es como la vivienda de nuestra historia comienza a llenarse de inquilinos. El yerno cocinero amplió el negocio con relativo éxito, aplicando una tacañería extrema, al punto en que no perdonaba un centavo por consumo, ni a sus propios suegros, los dueños del local.

La tercera hija –María LL– conoció Juanito, hijo de Antonio, se casaron y fueron “invitados” a vivir en la “pequeña gran casa” (que como sabemos era del anciano Antonio, padre

* Antropólogo de la Universidad Técnica de Machala

de Juan). De esta manera Antonio y Juan resultaban padre e hijos y, al mismo tiempo, cuñado (los hijos de Juan y María además serían nietos y sobrinos políticos de Antonio). Finalmente la última de las hijas, la menos fea, pelo pintado de rubio cabuya, llevó marido a la casa y de inmediato se llenó de hijos. El único hijo varón –soltero irremisible– ayudaba a su padre a cumplir fielmente los contratos. Todos comían de la misma olla, con los ingredientes que ponía cada uno de los varones trabajadores.

El patio poco a poco se llenaba de escombros –a lo que se reducían los materiales de construcción allí almacenados–, maderas y hojarasca en putrefacción; apestaba con el olor de los cerdos y de las ratas que hicieron madriguera; por último, se redujo significativamente cuando el marido de la rubia lo utilizó para construir su propia casa, de caña y zinc; con mano de obra gratuita. El mayor de los lujos en esta frágil vivienda era un potente equipo de sonido, del que salía música en alto volumen durante casi todo el día y gran parte de la noche. La joven señora resultó ser romántica y fanática de las baladas en español. Y su esposo la complacía gracias a las ganancias que le proporcionaba un negocio ambulante de venta de tamales y comidas ligeras. Al hacinamiento se agregaba la bulla, la contaminación y los olores pestilentes. No tardaron en llegar más problemas al seno del hogar; las crisis recurrentes y su mala fama habrían condenado el trabajo del viejo Lucho; ya no volvió a recibir

esos jugosos contratos y la plata esca-seó en forma patética.

En ese ambiente la salud de Antonio, el verdadero dueño de la casa, comenzó a desmejorar; sufría de incontinencia intestinal. En su trabajo se vieron urgidos de jubilarlo. Sus parientes le ponían pañales para que saliera a dar breves recorridos por el vecindario. Nadie soportaba sus olores, a lo que sumaba un aspecto totalmente descuidado; vivió los últimos años de su vida en completa soledad; en tanto Rosa, su mujer, mantenía romances descarados y tranquilamente paseaba y amanecía con sus amantes frente a los ojos de todo el mundo. No obstante sus hijas, adolescentes simpáticas, tiernas y puritanas, sufrían el escarnio y escondían la vergüenza encerradas en las cuatro paredes de su cuarto. Una de ellas quedó sumida en la misantropía, llegando a tener terror del mundo exterior; su situación se hizo más grave al desarrollar un agudo (vergonzoso según ella) estreñimiento.

Solo la muerte del anciano trajo un poco de sosiego a la familia, por fin la propiedad pasaba a manos del apellidado LL; aunque el bondadoso viejo jamás negó el hospedaje ni reclamó por la invasión que sufriera su casa. Sus hijas y viuda heredaron una parte de la casa; la otra mitad la dejó a sus nietos-sobrinos, hijos de Juanito. Pero las cargas y obligaciones de las tres hurañas chicas se hicieron mayores, fundamentalmente cuando se trataba de preparar la comida diaria: una gran olla en la que se ponía todo lo que hubiera, en especial papas y fi-

deos. La madre-viuda se pasaba agotando, con su amante de turno, lo que le restaba de juventud, en un cuerpo regordete vestido con ropa apretada y multicolor.

Por la misma época, el joven marido de la hija menor enfermó de cáncer estomacal; fue de esos fulminantes, al poco tiempo de los primeros síntomas agravó, por lo que fue internado en un hospital de Cuenca. La gente del barrio y sus parientes hicieron colectas para financiar los costos de la cirugía y del tratamiento, agotado el dinero apelaron a las oraciones comunitarias. Todo fue inútil, murió dejando tres hijos en la orfandad, arrimados a la sombra de un viejo Lucho en total bancarrota. El poderoso equipo de música silenció de manera intempestiva.

Unos meses más tarde, en plena celebración de carnaval, Juanito, el esposo de María, cayó fulminado de un ataque al corazón. Ella había estado sufriendo de los nervios, alguna forma de esquizofrenia que la impulsaba a taparse la boca y rechazar la comida. En vida, su marido apeló a todos los remedios caseros y de la ciencia; finalmente, debió confinarla en el hospital Lorenzo Ponce de Guayaquil, en donde la visitaba con mucha frecuencia. En la algarabía de aquel carnaval nadie se imaginó que este buen hombre hubiera muerto; era el más sano y cuerdo de todos, lleno de generosidad, atento a las necesidades de su familia. Nadie lo puede explicar, pero la repentina muerte del marido mejoró la salud de la tercera viuda (su enfermedad sería imagi-

naria, para llamar la atención); no le volvieron a dar ataques de histeria y muy rápido se consoló en los brazos de otro hombre.

Aplicando una ingeniosa forma de suplir la ausencia de tantos fallecidos, los hermanos de Lucho le entregaron el cuidado de su madre, anciana insoportable, de pésimo humor. Otra carga para doña Julia y sus nietas cenicientas; ellas, con asombrosas paciencia y resignación atendieron las órdenes que daba en escalofriantes gritos; nadie más quiso compartir la responsabilidad de cuidar a la anciana. Se convirtió en inquilina de la casa hasta que fue sacada en ataúd.

No podría informar cómo se acomodaba tanta gente a la hora de dormir, lo cierto es que el calor interior sería elevado bajo cualquier circunstancia; el zinc del techo comenzó a oxidarse, formando goteras imposibles de curar hasta para un albañil; las paredes enmohecieron y los muebles quedaron totalmente desgastados. Casi no había alimentos para la comida diaria, los chanchos habían sido vendidos y los perros se morían de hambre. El viejo Lucho no paraba de trabajar, siempre tratando de restar el jornal de sus trabajadores; tampoco disminuyó su afición por las mujeres. Al contrario, encontró una jovencita de la que se enamoró locamente; con ella gastaba lo que ganaba, consintiéndole sus caprichos y llevándola a pasear; a cambio recibió el premio de otro hijo varón. Julia empezó a lavar ropa ajena pese a la contrariedad de su hijo; así ganaba algo para hacer la

comida y llevar sobras para los perros.

Dos hijas de Antonio encontraron un trabajo decente y no pudieron seguir la Universidad; las viudas mayores persisten en reiniciar sus vidas conyugales; la joven viuda, de pelo color amarillo-blanquecino, entró a estudiar en la Universidad; en tanto sus hijos crecían en total abandono, inclinándose por hábitos malsanos y hostiles; se volvieron peligros e indeseables en su barrio. Al año y un poco más de su viudez, ese apreciado equipo de sonido abandonó el frío silencio y volvió a sonar con fuerza; baladas románticas contagiaban nuevamente el ambiente; la señora universitaria estaba enamorada; en pocos meses más tuvo su cuarto hijo, viéndose obligada a interrumpir los estudios. Distinta suerte le tocó a la hija mayor de la “viuda loca”; se casó con un hombre adinerado de Quito, ciudad a la que se fue a vivir con su madre y su familia, respetando la tradición.

El hijo soltero empedernido finalmente se casó, dejando constancia de su virilidad enseguida tuvo un hijo varón. No había pasado mucho tiempo desde la primera defunción cuando doña Julia empezó a sentir fuertes dolores de cabeza. No les prestó más cuidados que aplicando remedios caseros. En esta ocasión el viejo Lucho tuvo un gesto final de nobleza; vendió la casa que por entonces todavía ocupaba su yerno abusivo y gastó todo el dinero recibido en el tratamiento –tardío– de doña Julia. Un tumor maligno en su cerebro había sido la causa de su dolencia y le provocó la muerte en

corto tiempo. Antes de cumplirse un año del fallecimiento, el viejo Lucho sintió dolores en su cuerpo, era cáncer. Duró menos que su finada esposa. Pero la casa se mantenía en poder de sus legítimos dueños; por un lado las hijas de Antonio y su fogosa madre; por otra parte, los hijos del finado Juan, nietos y sobrinos de Antonio. Para no perder la costumbre, y dada la extraordinaria solidaridad de las dueñas, el cocinero sordo, viéndose obligado a dejar su local, trasladó su negocio a la casa familiar; solo que ahora le tocaría pagar puntualmente el arriendo. Esta es la morada donde coexisten el candor, la ingenuidad, la promiscuidad, la malicia, el estoicismo y una prodigiosa reciprocidad; donde están obligados a sobrevivir un conjunto de cuerpos y almas que esperan un destino feliz, el sueño de cualquier mortal; unos inclinándose al vicio y la violencia; las mujercitas arraigadas en las virtudes femeninas y el miedo. Nosotros diremos si la historia sirve para entender que el futuro es impredecible e incierto y que el presente está gobernado por la aleatoriedad y la entropía. Fenómenos a los que debemos enfrentar haciendo esfuerzos para respetar y mantener un sincero equilibrio.

INSTANTÁNEA CON OLOR A CACAO*

Martha Chávez Negrete

En el texto *Navidad. Año Nuevo. Lo que sea*¹, Augusto Monterroso nos hace referencia a un par de automovilistas de clase media que, detenidos ante un semáforo en rojo, intercambian miradas durante ese instante, único momento en sus vidas en el que coincidirán: ... *viviendo ese brevísimo momento como si de él dependiera algo importante o no importante, o sea esos encuentros fortuitos, esas conjunciones, cómo calificarlas, en que nada sucede, en que nada requiere explicación ni se comprende o debe comprenderse, en que nada necesita ser aceptado o rechazado, ¡oh!*

*Olor de cacao*², por su parte, termina etiquetando al personaje masculino como *aquel hombre entrevisto*, lo que el Larousse define como “divisado confusamente”. El hombre está de paso por la ciudad y la pequeña fonda, por una razón tan circunstancial como una mordedura de culebra

sufrida por su hijo, es decir, por lo fortuito de un accidente. Seguramente no volverá. De hecho, así lo hiciera, la pobreza que vislumbramos en la fonda es tal (la economía de lenguaje de De la Cuadra nos basta para verla) que sería imposible garantizar la permanencia de ésta. Esta fragilidad también es observable en la relación patrona-sirvienta; a pesar de que el texto no nos da indicios de un antagonismo explícito, podemos “entrever” lo incierto de su convivencia. Es decir que espacio y personajes están inmersos en lo fugaz, aquella *conjunción* de la que nos habla Monterroso.

Contrariamente a lo que sucede con los automovilistas de Monterroso, entre los personajes principales de *Olor de cacao* existe algo parecido a un diálogo y se establece el conocimiento de un origen común. Sin embargo, ambos hechos podrían catalogarse como “unilaterales”, ya que, en caso del diálogo, la frase más larga que pronuncia la muchacha es: *Sí; no es nada... no cuesta nada... Como no le gustó...* Por otra parte, del origen común solo se entera la chica. Pero la conjunción se da en ambos textos, a pesar de lo escueto del diálogo o del mismo silencio.

* Texto aparecido en *Historia, literatura y sociedad*, en José de la Cuadra. En el Primer centenario de su nacimiento, Guayaquil, Archivo Histórico del Guayas, 2004.

1 Augusto Monterroso, *Movimiento Perpetuo*, Barcelona, editorial Anagrama, 1990.

2 José de la Cuadra, *Cuentos escogidos*, prólogo de Miguel Donoso Pareja. Colección Joyas de la Literatura Ecuatoriana, Quito, Círculo de Lectores, 1985.

La insalvable distancia entre los automovilistas implica, obviamente, el silencio. En manos del laconismo de De la Cuadra, éste permite cargar de significación el encuentro de la muchacha. El silencio de *Olor de cacao* talvez se deba a la timidez de la muchacha o, quizá a su clara conciencia de disponer únicamente de un instante. *Habría sonreído* al decirle al hombre que también era *de allá... de las huertas...* pero apenas transmite su deseo a sus manos (que juegan con el delantal, atormentan los flequillos) caracterizadas en el texto como *ilógicas*, como lo son también las luchas contra el tiempo. La chica finalmente sonríe, no con el placer que le habría significado hablar de las huertas, sino *mansamente, miserablemente*, en el desamparo de lo que no se dice, para luego insistir en no cobrarle el cacao al hombre, casi suplicando, trasmutando toda aquella conjunción de empatía en una pequeñísima amabilidad. Desamparo que, sin embargo, no empobrece su encuentro; éste está dado, la sonrisa de las huertas es la que se queda en la muchacha, ya que no escucha a la patrona que habla, se mueve mecánicamente, mientras las huertas entrevistadas gracias al hombre se extienden delante de ella, quien ruega por un chico desconocido (¿o ya no?).

El hombre, quien ha pasado del tono de fastidio y *palabrotas brutales* al nostálgico y dulce mientras menciona las huertas, luego al confidencial durante su propio intento de explicarse, acepta la súplica de la chica de que no le pague, rezongando pero satisfecho.

Es decir, que a pesar de lo que desconoce y por tanto no puede compartir, la presencia de las huertas también se fortalece en él; porque su satisfacción revela el orgullo repuesto de vivir *allá... en las huertas*, orgullo hasta hace poco agraviado con la mala calidad del cacao de la fonda.

Además del espacio concreto donde transcurren los hechos, hay dos espacios referidos que pesan en la historia: las huertas y el espacio detrás y debajo del mostrador. Tras el mostrador la patrona especta, ordena y simula, y ambas mujeres duermen debajo de él. Lo irónico es que, aunque por la noche duermen tan juntas que están *apelotonadas* en aquel espacio estrecho, nunca habrá encuentro alguno entre ellas, ya que la patrona se lamenta de que no se puede vivir sin propina mientras la muchacha ni siquiera la escucha y no duda en cubrir ella misma el costo del cacao del hombre, todo por las huertas, tan lejanas a la filosofía del mostrador.

El instante, las conjunciones o lo entrevisto carecen de importancia en el tiempo y, sin embargo, pueden afectar la vida de sus protagonistas como si se tratara de siglos.

Olor de cacao, como texto global, imita, con su laconismo y hechos mínimos, el silencio de su personaje principal. Los conductores de Monterroso se volverían absurdos si pronunciaran alguna palabra y entre los protagonistas de *Olor de cacao* sería inútil que se diera una charla sobre las huertas; nombrarían sus recintos, preguntarían por algún conocido en común,

sonreirían, pero a pesar de ello desgastarían su nostalgia, se imposibilitarían para la felicidad del instante. De la Cuadra supo que era el lector que debía vislumbrar la conjunción entre sus personajes. Como bien lo expresa Rosa Montero en *La loca de la casa*³: *Dicen que la felicidad no tiene historia. Pero*

sí que la tiene, lo que pasa es que cuando la cuenta suena ridícula. O Manuel Gutiérrez Nájera, en Non omnis moriar:

Era triste, vulgar lo que cantaba

Mas ¡qué canción tan bella la que oía!

De la Cuadra prefiere acortar el canto, para que a través del silencio, el instante se eternice.



3 Rosa Montero, *La loca de la casa*, Buenos Aires, Alfaguara, 2003.

ENTRE BOLICHAS Y CASAS VIEJAS

Ramiro Molina Cedeño

Siempre estuvieron y estarán las bolichas de moda, que en la Sierra las conocen como canicas, pequeñas esferas de vidrio cristalino y multicolor que al hacerlas chocar entre sí deleitaban a nuestros oídos. Qué gran novedad cuando salieron las bolichas brillantes y de un solo color, más caras por supuesto, bolichas que se pusieron de moda con el juego de la dama china o juego de la estrella de seis puntas, juego en el que hasta seis muchachos podíamos jugar al mismo tiempo, bolichas que las cuidábamos y guardábamos como hermosas reliquias; con ellas no jugábamos al pepo y cuarta, eso lo hacíamos con los bolichones o bolondrones como ahora los conocen, que eran bolichas al doble de lo normal y más pesadas, no tanto como las bolas de acero con las que jugaban los mayores en el parque Juan Montalvo; juego que lo describe Tonio Iturralde en su artículo sobre el parque Cayambe, y que dice:

Este entretenimiento llegó a la jurisdicción portovejense en el año 1959, como un encargo educativo, con aires andinos, y con la modernidad del momento, a través del riobambeño Juan Navarrete, un expolicía nacional, que decidió asentarse en este valle y orgulloso de nuestro nacionalismo e identidad, enseñó entusiasmado este juego a quienes acudían a los parques Juan Montalvo y Cayambe.



Gobernación de Manabí.
Calle Sucre entre Ricaurte y Olmedo

Para ejecutar el juego de bolas, se marcaba sobre la tierra un círculo o rueda como la llamaban los jugadores, de dos metros de diámetro, aproximadamente, en cuyo interior ubicaban un mínimo de 6 bolas ya sean de madera o de tagua; luego, distante a la rueda, se marcaba una línea, desde donde los participantes lanzaban sus bolas de acero hacia el círculo, y el que más cerca caía a éste, era el primero en jugar; posteriormente, continuaban los que les secundaban.

El que iniciaba el juego procedía desde el lugar que se encontraba su bola de acero, a sacar mediante el lanzamiento de ésta las bolas que estaban al interior del círculo y luego tratar de golpear a cualquiera de las bolas de los contrincantes para eliminarla del juego, y si éste dejaba la bola en el círculo o no sacaba ninguna bola, perdía su turno e inmediatamente entregaba la posta al jugador que le sucedía en el turno.

Indicaremos también que, previo al juego, se acordaba el valor que tenía que cancelarse cuando la bola del contrincante era impactada; es así que, cuando se lanzaba la bola y ésta golpeaba certeramente a otra y la sacaba de juego, emocionado el protagonista gritaba “coco seco”, porque tenía que recibir el valor económico acordado, y cuando el impacto no se producía o no era certero, burlescamente decían “coco chile”. Era la forma de hablar de los jugadores.

Con las bolichas hacíamos diversidad de juegos y entretenimientos, jugábamos al caracol, al pepo y hueco y al pepo y cuarta. Las bolichas las lanzábamos con los dedos de las manos asentada sobre la tierra o con la mano alzada, tratando de pegarle a la otra bolicha, y cuando el golpe era fuerte, al igual que el quiño en el trompo, la bolicha, por ser de vidrio, se quebraba en pedazos, aprovechando el momento para nosotros mismos quebrarla en más pedacitos, tratando de hacer nuestros los colores que la adornaban interiormente, colores de ilusiones infantiles, como los colores que pinta el sol al morir con la tarde, colores que embelesan y deleitan nuestros sentidos, rebosan a nuestras almas de contento, alimentan de fantasías sanas el espíritu; y, lo más hermoso de ese mundo de paisajes y colores es que es de todos; somos sus poseedores universales sin ser dueños de ellos, hasta allá no llega la maldad y la ambición humana: a apropiarse y

a ponerle precio a estos espacios naturales de fantasías y ensueños.

A veces, cuando los reales escaseaban en nuestros bolsillos, algo normal y continuo, los corozos, que eran los cocos en miniatura, y las piedras reemplazaban a las bolichas. Por supuesto, con el pretexto del juego con el uso de piedras, muchos desquitaban sus corajes, recientes o pasados, rompiendo cabezas; el culpable siempre esgrimía el mismo pretexto: “Tú tienes la culpa, te cruzaste en el camino”. El agraviado, luego de las curaciones de su santa madre o abuela y el consabido regaño del colérico padre, al siguiente día se presentaba ante la gallada con un parche, como adorno, en la cabeza.

A propósito de las piedras, bien vale comentar lo divertido que era ir a la esquina del cementerio, entonces parque Cayambe, hoy parque Juan Montalvo, que quedaba a una cuadra larga de mi casa en la calle Espejo, ir a la esquina de los “picapedreros”, donde las diestras y hábiles manos de los “Mendocitas” trizaban las piedras, de los cuales recuerdo a cuatro, Isidro, Hugo, Miguel y Juan, los tres últimos eran hermanos, que con pesados combos y gruesos martillos de hierro, especialmente fundidos en la fragua de los “Vinces” en la calle Sucre, frente al maestro Rezabala, trituraban en pocos minutos una grande y pesada piedra negra, la convertían en ripio de 1, ¾ o ½ pulgada, al pedido y necesidad del cliente, y si así lo requerían al ripio lo convertían en chispa y vendían al menudeo. Es que para entonces, para la década de 1940, las canteras solo eran dos, funcionaban en Picoazá y en Río de Oro, porque en Montecristi los habitantes defendían los vestigios indígenas existentes en el Cerro de Jaboncillo y exigían que las compañías no las explo-

taran, prohibición que terminó cuando el Centro de Rehabilitación de Manabí, en 1965, contrató la pavimentación de las calles de Portoviejo, calles hasta entonces empedradas por piedras, lozas traídas de los esteros que circunda a Picoazá, contrato y obra que exigía mucho material pétreo; entonces, se perdió el interés de preservar lo nuestro, de lo poco que quedaba de nuestra cultura aborígen, la cultura de los cerros, cultura que había alertado en su existencia el arqueólogo norteamericano Marshall Saville desde 1906.

Una de las canteras existentes en esos tiempos, en Picoazá, creo que fue la primera, se llamaba “Canteras la encañonada”, y su propietario César F. Ulloa tenía como centro de ventas de material pétreo la Joyería Suiza, de Fernando Ulloa, no sé si parientes o hermanos entre sí, joyería ubicada en la calle Ricaurte, entre Pedro Gual y 10 de Agosto, donde trabajaba de operario el poeta y profesor santanense don Romeo Cedeño Mieles, el hombre sencillo y humilde que gastaba, aun sacrificando el diario de la comida, el poco dinero que de su trabajo le quedaba en comprar libros que alimenten su intelecto y conviertan a sus hijos en amantes de las letras y el arte. ¡Qué grande herencia pensada y dejada por el sabio maestro!

Las máquinas trituradoras de piedra ya existían pero no las conocíamos, los gringos de la Amburssen, los que fueron contratados para construir el carretero Manta-Quevedo, compraron a no se quien uno de los extremos de la Loma de Jaboncillo, que da hacia Portoviejo, donde después se plantaron las antenas de televisión y radio, y allí extraían las piedras, con tractor y dinamita, y a veces a punta de pico y combo, y un pequeño batallón de obreros desmigajaba

la piedra, hacían las veces de trituradoras humanas y cada día y entre todos lograban unos pocos metros cúbicos para hacer los puentes y luego los edificios de hormigón armado que empiezan a existir en Portoviejo a partir de 1950, construcciones que se inician con la Gobernación de la provincia, edificio que ahora reclama, indebidamente, el Gobierno de la provincia. Así se iniciaron las canteras en Río de Oro, canteras que cambiaron de dueño al partir de este suelo la compañía Amburssen, cantera que entregó como liquidación a uno de sus trabajadores, y este trabajador fue Carlos Poggi Barbieri, hijo de padres italianos pero nacido ecuatoriano, montuvo de la mismita parroquia Calderón de Portoviejo, trabajador que fue chofer primero, aprendió a picar piedra y anduvo de empleado en la Amburssen, y se hizo querer de los dueños, y recibió esa paga, se hizo propietario de una loma que tenía piedras, de las blancas, las amarillas y las negras, loma que guardaba y guarda en sus entrañas el mejor material pétreo existente en la provincia, canteras que en 2010 fueron materia de conflicto por ser supuesto lugar de nichos arqueológicos de los manteños, y los dueños demostraron que nada de ello era cierto, que el lugar que ocupan las canteras de los Poggi y de los Solórzano no destruyen ninguna reserva arqueológica, que era más cuestión de celos de terceros antes que de preservación cultural aborígen antigua, porque a los de la Holcim, que sí destruyen por encontrarse en el perímetro mismo del desarrollo cultural de los manteños; pero, por ser transnacional y sin conocer a sus accionistas o dueños, nadie los toca, todos se hacen de la vista gorda. Allí, la custodia, recuperación y la preservación no existen, la ley es letra muerta; lo cierto es que Carlos Poggi Barbieri ni siquiera imaginaba, no llegaba a avisar que estas tie-

rras se convertirían en un próspero negocio que sería el futuro de su familia, siendo el inicio de esta empresa que irrumpe desde los primeros años de la década de los cuarenta.

En las décadas del cincuenta y sesenta, la modernidad llegó de a poco a Portoviejo, se erigieron las primeras construcciones de hormigón armado, los maestros ebanistas y carpinteros se formaron como maestros albañiles, sin abandonar sus trabajos en madera empezaron a mezclar la piedra con el cemento y la arena, el cambio de suelo se lo hacía con el cascajo extraído de la loma del cementerio, y el ripio y el cemento se los revolvía con la arena dulce sacada del río, porque la de mar, por estar distante, era muy cara; así se formó el maestro Querubín Arteaga García, nacido en 1911, último vástago de Manuel Arteaga y Emperatriz García, el maestro urbano de origen campesino como lo somos todos los manabitas, montubios en esencia, quien se casó civilmente en 1943 y 50 años después, en 1993, cuando el peso de sus años doblegaban su cuerpo, se rindió ante la ley de Dios en matrimonio; así empezaron las construcciones en hormigón armado, entre las iniciales contamos a la Gobernación, el Banco Provincial de Fomento, el puente Velasco Ibarra, los dispensarios médicos de LEA y de la Caja del Seguro Social, la Cruz Roja, la primer ala del edificio del Cuerpo de Bomberos, precedidas por el edificio del Club de Leones; para entonces, el centro principal de la alta sociedad de Portoviejo, sin quedarse atrás el primer “rascacielos” de la ciudad cuyo dueño fue el alcalde del pueblo don Federico Bravo



Antiguo edificio del Municipio de Portoviejo. Esquina de las calles Córdova y Chile.

Basurto, de quien se dice que todas las mañanas se paraba frente a su edificio para contar los pisos y cerciorarse de que no le faltara uno; la botica Rocafuerte y el hotel San Marco de Segundo Alarcón Barcia, de quien mi padre me contó que sus inicios en el comercio fueron de raspador de hielo.

Se desvanecían los tiempos pretéritos, se tumbaban las viejas casas y con ellas las costumbres y tradiciones se olvidaban, las macetas con rosas y plantas medicinales dejaron de adornar los balcones, las habitaciones se achicaron y el aire fresco dejó de circular por ellas, siendo reemplazados por ventiladores y aires acondicionados; desaparecieron los abanicos de petate y los hermosos abanicos españoles con que las mujeres, en horas de calor o por simple creisada, se venteaban; las mecedoras de mimbre y las hamacas de cabuya dejaron de usarse en las salas, corredores y patios de las casas, los hornos de carbón y leña se convirtieron en figuras del pasado que adornan museos muertos; los burros, las yeguas y los caballos dejaron de amarrarse en los azogueaderos de esquinas y soportales del centro y de la periferia de la ciudad, dejando espacio para los carros que llenaron las calles y contaminaron el ambiente.

Casas que fueron bien construidas con madera y caña, materiales cortados en debido tiempo, cuando la luna estaba en menguante, por lo que su nivel de humedad era bajo, caña que al ser cortada se la dejaba parada en el mismo sitio y en 15 días era tumbada, hecha tabla de caña y despulpada para que el comején y la polilla no habiten en ella; tabla de caña que luego era apilada una encima de otra y separada cada una por tablillas de madera y sometidas al sahumeo, o sea a humo y calor como tratamiento natural que mata polillas y cucarachas. Estas casas duraban cien años aunque cada cuarto de siglo debían someterse a refacción, porque el tiempo había hecho su tarea, había minado su resistencia, para eso estaban los maestros artesanos de ribera, aquellos que sabían el arte de cortar y empalmar la madera, maestros que hicieron escuela y dejaron buenos pupilos para que la globalización futura no hiciera perder una tradición de siglos.

En estos menesteres siempre destacó la familia Toro, que por generaciones enteras transmitieron sus artes de ebanistas y carpinteros a hijos, parientes, agnados y cognados, de ellos merecen ser mencionados Ignacio Toro Luna y su hermano Jeremías Toro Párraga y a José Toro Cerón, siendo muy recordado el maestro Salvador Toro Luna con su ayudante Walter Toro García, que vivían en la avenida Guayaquil y Juan Montalvo, maestro que aprendió este oficio con su padre Pedro Antonio y con sus tíos Joaquín y Enrique Toro Tapia, quienes fueron ebanistas y carpinteros de los buenos; ellos fueron alumnos de la Escuela de Artes y Oficios, un verdadero clan de carpinteros.

En esos tiempos, en las escuelas y en la práctica diaria, los maestros artesanos sí enseñaban, no se guardaban los secre-



Iglesia La Merced. Calle Ricaurte. 1954.

tos del martillo y del serrucho, del corte y el empalme, porque había trabajo para todos y nadie se disputaba la construcción de una vivienda.

Fueron los Toro quienes construyeron, desde inicios del siglo pasado, los viejos edificios oficiales y las mejores casas, aunque estuvieron otros maestros carpinteros, como don Pedro Chinga y sus hijos Toribio y Segundo, viviendo siempre en la calle Espejo, seguido de cerca por Ángel Cevallos, en la ciudadela Pacheco, Goyito Ibarra y los miembros de la familia Lucas de la calle San Eduardo, sin que se queden a un lado los Villamar, Mario Velásquez y Viterbo Velásquez, el tercer esposo de mi abuela Regina, y que esto no les extrañe, porque las mujeres no visten luto para toda la vida cuando la belleza aún les sonríe, encuentran marido aunque a su lado muchas crías tenga; esos eran los tiempos en que había pobreza pero no se conocía la miseria, ésta no tocaba las puertas de ninguna casa y a

nadie vestía con su vil ropaje ni los perros pasaban hambre, las familias en la ciudad aún criaban en sus patios palomas castellanas, gallinas y gallos, pavos, patos, que abastecían continuamente de los ponidos de matrimonio, y no faltaba en una esquinita un chiquero con un chanchito a los lados; pero, a más de esto, quedaba un pequeño espacio para cultivar la cebollita verde y el cilantro, el tomate, el ají dulce y el pepino, ni qué decir de las matas de yuca, plátano y papaya y sin que faltaran el llantén, la hierba luisa y el orégano, que calmaban los cólicos y conciliaban el sueño.

La gente de nuestra ciudad, hasta entonces, no perdió sus sanas costumbres criollas y nunca renegó de su origen y cultura montubia.

Habían otros maestros que se distinguían por hacer obras mayores, los que hacían puentes peatonales, como el existente al final de la calle Chile, como quien va hacia el bar Poza Honda, bar con mirador al río, bar de música y borracheras, el viejo puente de alambre, al igual que su gemelo el puente El Salto, puentes que al paso de las personas y especialmente de los olmedinos, se convertían en hamacas, puentes que bailaban acorde a la fuerza del movimiento que los muchachos les dábamos; fue uno de esos puentes que se le encargó tumbar al maestro Pinargote, para construir uno nuevo, con pilotes de guayacán hincados en el río, con techo y piso de tablones de madera, es el actual puente Chile, entonces carrozable.

Estos puentes fueron el pretexto para “invadir” las fincas aledañas y saborear, sin permiso de los dueños, los mangos de manzana, bolsa de toro, de miguelillo, chico y grande, de chupo y de tajada, entre los más abundantes, el caimito, el mara-

ñón, el níspero, los mameyes, los zapotes, las grosellas, las guayabas y las guabas de machete y de bejuco que lucían resplandecientes en sus ramas, invitaban a pegarles una mordida aun con el riesgo de que nos soltaran a los perros o de recibir un cinturazo de sus propietarios.

Porque muchas familias, como los Toro, Chinga, Lucas, Pinargote, hicieron historia en la carpintería, a ellos se acudía continuamente para construir o reconstruir una casa o para fabricar o reparar un mueble, como lo hacía el maestro Aucancela, dueño del almacén de muebles “La Moderna”. Entonces los oficios artesanales de sastre, peluquero, zapatero, joyero, ebanista o carpintero, no eran cualquier cosa, ellos se sentaban a la mesa del rico y del pobre, del ignorante y del educado; estas personas eran tratadas como siempre debería ser, con consideración y estima.

Así fue que llegaron a formar un grupo social y político respetado, crearon en 1917 la Confederación Obrera, que entre sus primeros dirigentes estuvieron los profesores Elías Clavijo y José María Santana, Juan de Dios Vélez, José Alberto Mero, Alejandro Villacís, el periodista Luis Gines, mis tíos bisabuelos Rafael y Pedro Elio Cevallos Ponce; el sastre Elías Navas Portugal, quien fue también próspero agricultor y dueño del hotel Montalvo; el maestro zapatero, oriundo de Quito, capitán Antonio Martínez Narváez; el tipógrafo y propietario del taller La Minerva; Enrique Mendoza Vera; el comerciante, periodista y agricultor Sebastián Antonio Guillén, entre otros. Confederación Obrera que, en 1962, conjuntamente con el Sindicato de Choferes, conformaron un Comité de Paro, tomaron la posta para protestar contra el quemeimportismo estatal que se negaba a atender

y construir las obras prioritarias para Manabí, provincia nuestra que soportaba por tercer año consecutivo una ausencia total de lluvias, sequía que erosionaba sus fértiles y productivas tierras, menoscababa la endeble economía de una población que vivía del comercio dinámico, aunque desorganizado y del fondo fiscal público, con una burocracia desesperada que recibía el pago de las quincenas de sus míseros sueldos con un atraso de tres y/o cuatro meses, por lo que chulqueros, prestamistas y banqueros, estaban en permanente fiesta, sus sonrisas semejabán la risa de las hienas al despojar miserablemente a los demás de lo poco o nada de sus ingresos y pertenencias; chulqueros, prestamistas y banqueros como que tenían pacto con el Gobierno para que se atrasaran los sueldos y así ellos poder comprar, a precios de gallina con peste, las quincenas de tiempos futuros; o sea que los empleados públicos hipotecaban la comida del mañana.

Aún recuerdo a mi padre Alberto vendiendo sus quincenas para pagar en las tiendas por la comida fiada, a veces sus pasos cambiaban de dirección y cruzaban a otras esquinas esquivando al tendero que exigía el pago de la deuda, o aunque sea una parte de ella; las explicaciones iban y venían, los compromisos se daban, la amistad sonreía, a nuevos acuerdos se llegaban. A veces los tenderos hacían de policías, como cuando nosotros esquinábamos en los colegios, a la hora de salida de las colegialas, esperando encontrarnos con la chica que nos traía con la mente revuelta, para vernos y aunque sea saludarnos a la distancia o enviándonos un beso volado que satisficiera momentáneamente a nuestras almas enamoradas; así eran los tenderos, esperaban a los morosos, serios o poco serios en el cumplimiento de

sus obligaciones, a que salieran de sus casas o en las afueras de su trabajo para reclamarles por su dinero, entonces todos se enteraban de la tragedia cotidiana, unos se reían, otros lo lamentaban.

Estas instituciones obreras, artesanales y sindicales, estuvieron lideradas entonces por Sixto Américo Guillén, Lutero Santana Zambrano, Félix Véliz Lascano, Carlos Ceño, Gregorio Pita, Julio Gutiérrez, Carlos Vásquez, José Moreira, José Cabrera, Tito Mejía, entre otros, instituciones que pusieron en jaque al gobierno en julio de 1962, obligando a que el vicepresidente de la República, encargado de la Presidencia, coronel Reinaldo Varea y los ministros de Obras Públicas, de Fomento y de Economía, se hicieran presentes en esta tierra y firmaran con los miembros del movimiento una carta de compromiso por la cual se procedía a la existencia del Centro de Rehabilitación de Manabí, institución que marca un antes y un después en la historia de Portoviejo y de Manabí, a ella fluyeron los recursos que permitieron la construcción de la presa Poza Honda, de los planes maestros de aguas lluvias, aguas servidas y agua potable, así como el asfaltado e iluminación de las calles de Portoviejo, permitiendo a Manabí proyectarse en el siglo XX.

Las casas en la década del sesenta eran villas, chalets o casas de dos plantas, y aun eran de madera y doble pared de caña y enquinchadas, al igual que el tumbado de la primera y segunda planta, espacios intermedios que permitían albergar ratas, pulgas y alimañas, transmisoras de enfermedades mortales como la bubónica y la rabia; ratas que eran combatidas con 10-80, que mataban por igual a los perros y gatos de casa y a los vagos y callejeros, veneno que los niños en su inocencia y

los adultos por su ignorancia o por despecho, bebían a grandes tragos para encontrarse con la parca.

Para esos años, las viviendas en mi ciudad, mayoritariamente, eran con piso, escaleras, barandas y ventanas de madera, que con afán y arduo trabajo la dueña de casa y especialmente la cocinera, que también hacía de lavandera, barrendera, muchacha de mandados y hasta de concubina del mayorengo o del hijo de familia, y a quienes los muchachos alegremente las conocíamos con el mote de “peroleras”, procedían a encerar y sacarle brillo con estopas de fierro y paño de lana para lustre, quedando los pisos relucientes y con un bello color caoba; las paredes y tumbados de las casas eran de palo, forrados con tablas picadas de caña guadúa, a doble pared y recubiertas con enquinche que era hecho con ñoña de burro y paja seca, una medida de barro con agua y pisoteada por el pie humano, tantas veces fueran necesarias hasta alcanzar el punto preciso de madurez para su uso; enquinche que cuando seco se le imponía unas cuantas manos de pintura de agua y la casa quedaba lista para recibir la bendición del cura y en la noche el baile y la parranda. Los techos de las casas eran de tejas gruesas de hierro importadas, y duraban tantos años como duraban la madera y la caña.

Pocas casas y un poco alejadas del centro de la ciudad tenían techos de paja, material propicio para un incendio, y cuando estos ocurrían, la ciudad se alarmaba, todos corrían al lugar del flagelo, unos para ayudar y otros para aprovechar el momento y apropiarse de cuanto pudieran sin importar-



Edificio del Cuerpo de Bomberos, esquina de las calles Córdova y Ricaurte.

les el dolor ajeno; qué rápido se consumían las casas en estos siniestros, las sirenas y las campanas del Cuerpo de Bomberos y de las iglesias repicaban anunciando que el infierno se había encendido; lenguas de fuego y humo negro se alzaban al cielo y se veían a distancia de varias cuadras a la redonda, motobombas de los cantones vecinos llegaban casi siempre a destiempo, cuando ya el fuego había sido controlado, algunas veces ni llegaban, se quedaban dañados a mitad del camino, aun así se alababa y agradecía el sentimiento y el gesto solidario. A veces, el fuego no daba tiempo ni de salvar a un humano, peor los enseres, las familias vecinas de los afectados, en prevención de peligro con muebles y ropa, en las aceras amanecían; otras ocasiones se tomaban medidas drásticas como tumbar las casas vecinas para aislar al fuego y evitar que éste se propagara.

En las casas no podían faltar los canchales de caña para recoger el agua lluvia en invierno; es que cuando el invierno llegaba, realmente llovía, con rayos que adornaban el firmamento, truenos que parecían estremecer al cielo y relámpagos que alumbraban la tierra.

Las gruesas gotas de lluvia golpeaban con fuerza los techos, mientras los padres y abuelos acomodaban tanques, pipas, peroles y lavacaras para recoger el agua; las madres y abuelas sacaban sus bateas para lavar la ropa mientras nosotros, los que vivíamos sin la preocupación del presente ni del mañana, aprovechábamos para hacer del baño público un momento de gran diversión, buscábamos la casa que más alto tuviera el canalón para aprovechar la caída y el golpe del chorro de agua sobre nuestros cuerpos; era agua cristalina y pura que servía para calmar la sed y preparar buenas y sabrosas comidas.

Ahora pienso en la angustia que invadía a las familias, en épocas de invierno, que se dedicaban a la venta de agua, transportada en mulares, agua sacada de los grandes aljibes que en cada esquina de la ciudad se encontraban, construidos desde 1905, o desde los pozos abiertos en las orillas del río o en el mismo cauce seco del río en épocas de sequía o de verano, porque con el invierno llegaban las lluvias y ellos se quedaban sin trabajo. Los cargadores de agua vendían dos barriles o cuatro tachos y llenaban un tanque, al costo de dos sucres, aunque estas ventas tenían su competencia en la casa comercial de Miguel Ajoy, que compraba y vendía de todo, hasta el agua lluvia tenía precio, 3 sucres costaba la carga, 1 sucre el tacho, el balde 60 centavos y el galón 40 centavos.

Es que los chinos nunca han desperdiciado nada, hacían y hacen dinero de todo lo que en sus manos cae, eran los alquimistas modernos, los que con sobras de comida hicieron el chaulafán que ahora degustamos como una de las pocas costumbres legadas, porque los hombres de Oriente mezquinaron su cultura, sus reuniones y

fiestas eran cerradas, ciudadanos chinos que llegan a Portoviejo desde inicios del siglo XX, rechazados de otros países y de otras ciudades de la Costa ecuatoriana, por ser considerados como portadores y transmisores de la fiebre amarilla, enfermedad que para entonces no tenía cura ni había salvación para el que se contagiara con ella; llegaron y se quedaron en Portoviejo, ocuparon una tradicional calle, la calle que lleva el nombre del nauta que descubrió América, la calle del puerto de los Mora o calle Colón, que existió hasta cerca del medio día del siglo XX, lugar donde el montubio atracaba sus balsas que traían los productos que abastecían nuestras casas, tiendas y mercados.

Las casas tenían amplios y ventilados dormitorios con elegantes mamparas, con paisajes de tipo oriental, que se recogían como abanicos, y que al desplegarse a todo su ancho permitía a las mujeres gozar de intimidad en la propia privacidad de su dormitorio al momento de cambiarse sus vestidos, sin que en este espacio faltara el ropero con espejo de cuerpo entero, donde la hermosa fémica contemplaba y contempla su figura y engalana sus encantos; las salas, con ventanas de persianas de madera, ventanas cerradas con pequeños picaportes metálicos, sin miedo al robo, porque en esos tiempos solo habían, y muy ocasionalmente, pillos descuidados y cordeleros, y la población incluso conocía quiénes eran, con nombres, apellidos y dirección domiciliaria; algunas veces se sucedieron hechos, para unos de bochorno y para otros servían de alegres comentarios, cuando el propietario o propietaria de alguna prenda de vestir robada del cordel del patio, la estaba usando una persona extraña, ya podemos imaginarnos el escándalo

que se armaba. Las ventanas también fueron cómplices y testigos de amores momentáneos o amores verdaderos, por ellas escapaban las muchachas que tenían prohibido amar al hombre de sus sueños; salas adornadas con finas y bellas lámparas de cristal que colgaban de los tumbados y en sus paredes habían cuadros familiares, bien sea en pinturas al óleo o en fotos pintadas, y, por supuesto, los infaltables calendarios que permitían no solo saber la fecha en que se vivía sino también conocer y festejar el cumpleaños del amigo o del pariente y del santo del día.

Habían muchas casas con jardines interiores, a la antigua usanza de España, como la casa de don Daniel Villacreses en la calle Chile y 10 de Agosto, con escaleras que facilitaban la existencia del zaguán, espacio que hacía las veces de bodega y era a la vez lugar donde los enamorados y amantes se regalaban caricias y besos, porque entonces los besos se daban a escondidas, porque los amores iniciales, formales o prohibidos no eran tan descarados y atrevidos, porque el cuento y el chisme abundaba; al fin y al cabo Portoviejo era un pueblo chico con infierno grande, por eso las personas eran guardadoras de pudor y vergüenza, pretendían que el placer y el amor que se entregaban no fuera perturbado con miradas indiscretas ni comentarios malsanos, aunque sea guardaban las apariencias, porque el placer y el amor siempre serán parte y esencia del ser humano.

Había un comedor social y un comedor familiar, donde eran muebles comunes la mesa y los bancos de madera o las sillas de tijera, sin que faltara a los lados una lavacara con agua limpia, jabón y toalla, por-



Estadio Municipal de Portoviejo, hoy Estadio Reales Tamarindos de Portoviejo.

que era costumbre sana que antes de comer todos nos laváramos las manos y la cara; y la cocina, lugar o refugio permanente de nuestras hermanas, madres y abuelas, con un servidor donde se realizaban las tareas habituales de preparar la comida, servidor donde se ponían o alzaban y lavaban los platos y los peroles; cocina así mismo grande como la sala porque tenía el horno en medio, conteniendo sus ollas de barro donde se hacía el arroz con cocolón, el caldo, las menestras, los secos de carne o gallina, el plátano o maduro asado, las tortillas de yuca o maíz, y los exquisitos corviches, bollos y tortas de maní con cuerito de choncho o pescado degustado con un jarro de exquisito café robusta, cogido de su mata, tostado en el comal de barro, de esencia pura y aroma manaba.

Entonces se cocinaba con carbón, vendido por fundas en la platanera, donde llegaban los carros a dejar sus cargas de plátano, carros con plátanos que venían de rincones cercanos a Portoviejo, menos desde El Carmen porque era muy lejos, entonces se compraba un racimo por un sucre pero ¡qué racimo!, con 9 o 10 gajos como decimos los montubios y manos como lo llaman los exportadores; platanera que

quedaba en la esquina de la Av. Manabí y Francisco de Paula Moreira, o junto al salón de baile, cantina, billas y billares de Laurido Loor, que estaba frente al cine 18 de Octubre en la calle Chile y 9 de Octubre, donde después se abrió el próspero y popular almacén de ropa y variedades de don Pepe Espinoza, conocido como La Feria de Cali, o en la esquina de los “Cacao” Plúa en la 18 de Octubre y 10 de Agosto.

A más del carbón también se cocinaba con leña; hatos o cestos con 50 o 100 ramas o rajas de leña de algarrobo, al costo de dos y tres sucres, sacados de los florales en la vieja vía a Jipijapa y que también abundaban en las colinas que circundan la ciudad, tierra que en la época alfarista pasaron a ser propiedad de los Sabando y los Cevallos, mientras que la zona norte, San Pablo, El Negrital y Las Piedras fueron para el mayor Briones, leña que era transportada a lomo de bestia y vendidos por las calles de Portoviejo a familias que aún gustaban de la sazón natural de sus comidas, aunque muchos hogares ya estaban modernizados, contaban con cocinas y refrigeradoras eléctricas y también a kerosene, combustible que se conseguía en cualquiera de las gasolineras, una de ellas de propiedad de Antonio Cevallos Calero, un poco más allá del puente Velasco Ibarra y otra en la Pedro Gual camino a la subida del cementerio, Auto-servicios Manabí de Raúl Marín, aunque también se vendía en el comercio de Bonifacio Cedeño, en la esquina de las calles Ricaurte y 9 de Octubre, donde ahora está la farmacia Portoviejo.

No podemos dejar a un lado el sanitario, lugar al que se acudía muchas veces con un libro, un periódico del día o viejo y un cigarrillo, como queriendo con humo

botar los desperdicios y las penas; sanitarios que estaban al interior de las casas, a lo menos las que se encontraban comprendidas en el centro de la ciudad, eran escusados hechos de granito, con tanque alto o bajo, vendidos en el almacén EGMUH, que estaba en la calle Olmedo, frente al consultorio del Dr. Verdi Cevallos Balda. En los sanitarios o escusados también estaban los bidets, recipientes con que las mujeres hacían sus limpiezas vaginales y que nosotros sin saberlo, porque eso era secreto de Estado, poníamos el bidet en parte alta y aspirábamos con nuestros labios el chigüete para inflar y llenar con agua las vejigas en los carnavales.

Desde el escusado, las heces fecales iban a un pozo ciego en el patio, enladrillado en su parte superior, con tapa de madera y si era de hormigón había que ponerle un tubo de caña hueca, para que escapen los gases, para entonces no había canalización de aguas lluvias y servidas. En las casas menesterosas el retrete para los hombres adultos quedaba al final del patio y para los infantes y las mujeres el privilegio de las bacinillas, o si la pobreza era grande se usaba el matiancho de boca ancha, que también eran usados por el adulto, en las noches y en el día, cuando su vida corría peligro de muerte por amenaza de un enemigo, algo muy común en el sector campesino; entonces se decía, “fulano está cagando en bacinilla”. Pero si de bacinillas hablamos debemos recordar a los hombres que cargaban la fragua en la mano, con su bracero siempre encendido y dejando tras de sí una fina estela de humo blanco, fragua compuesta por bracero, cautín y alambre de aluminio, así iban los soldados ofreciendo sus servicios, gritando por

las calles de la ciudad o los caminos del campo “soldamos peroles y bacinillas”, y cuando los peroles y bacinillas ya habían cumplido su ciclo de uso y el óxido no permitía más soldadura entonces estos utensilios servían de macetas para hermosas rosas que adornaban ventanas y balcones.

La falta de retretes en las periferias de la ciudad y en el campo permitieron la presencia de enfermedades diarreicas y pesetes, que asolaron a una población inculta, pobre e indefensa; las moscas pululaban alrededor de las heces fecales dispersas en la tierra y las transmitían a los humanos al restregar sus patas sobre los alimentos.

Para combatir ciertos tipos de virus y bacterias, el doctor Humberto Moreno Loor, único especialista en enfermedades tropicales y con reconocimiento internacional, galeno al que nuestra provincia aún le debe su justo homenaje, junto a otros prestantes médicos y ciudadanos, invitaron al grupo de jóvenes médicos voluntarios denominados “Los Amigos de las Américas”, que vinieron desde Estados Unidos, costeándose ellos mismos su viaje y estadía, vinieron trayendo vacunas para una población necesitada y con ausencia de médicos especialistas, porque entonces la especialización médica era un sueño casi inalcanzable. Los Amigos de las Américas trajeron la vacuna oral contra la poliomielitis, virus que ocasionaba la muerte o dejaba parapléjico al infectado, vacuna que al ser suministrado al niño o a la niña en su boca, debajo de la lengua, se dirigía al intestino para matar directamente el virus en las heces fecales acumuladas.

Si de pestes virulentas hablamos, traídas en la conquista por España y que asolaron poblaciones aborígenes, blancas

y mestizas, estaban la rubeola, el sarampión, la viruela y la viruela loca; la tercera de ellas, la viruela, que al inicio aparecían en todo el cuerpo, como ronchas de color melón-rosado y luego se hacían llagas purulentas, de color amarillo verdoso, que atacaba a los órganos sensibles del cuerpo humano y que si no existía una atención adecuada y una asepsia en extremo, llevaba a la muerte del infectado o de la infectada; mientras la viruela loca aparecía solo en una parte del cuerpo y a veces desaparecía para aparecer en otra parte, pero que igualmente necesitaba de atención y cuidado.

La vacuna de la viruela obligaba a guardar cama por no menos de 3 días, con altibajos de fiebre, a veces tan alta que ocasionaba delirios y pesadillas, por lo que algunas personas, familias enteras, preferían esconderse de los vacunadores y correr el riesgo de contraer la viruela. Mi padre Alberto me contaba que en 1962 salió publicado en la prensa una convocatoria pública para todos aquellos interesados en ocupar un cargo como vacunador social contra la viruela, sin más requisito que haber aprobado la primaria y ser ciudadano; se inscribió; siguió y aprobó un cursillo que le permitió trabajar en Malaria, teniendo como jefe a un inspector oriundo de la Sierra, inspector con quien la química social no funcionó y más bien le guardó malos humores y buscaba su salida, por ello, un día, le dijo que tenía que vacunar contra la viruela en Miguelillo, Bijagual y Pueblo Nuevo, lugares adonde nadie iba, era la tierra de Pástor Tuárez, Alberto “La Perdiz” Vélez y Francisco “Pancho” Cedeño, eran los caporales de la banda de “Los Taurus”, banda a la que acudían políticos inescrupulosos, que ayer y hoy pasan y

fungen de buenos, llegaban a contratar los servicios a destajo contra cualquier mortal opositor a ellos; a ese lugar llegó mi padre, cuidando los sueres diarios que ganaba por su trabajo, sueres que permitían el sustento para su familia de diez miembros, mi padre Alberto, mi abuelo Napoleón, mi abuela Matilde, mi segunda madre Virginia, y mis hermanos, incluido yo que era el tercero, sin que me olvide de Haydee, la joven y gordita cocinera, con una barriga que parecía mujer con embarazo de 9 meses; y, un día, la que siempre se negó a tomar el Padrax, centrífugo que eliminaba, de golpe y porrazo, lombrices de todo tipo y solitarias gigantes o enanas, tan común en esos tiempos. Llegó mi padre Alberto a Miguelillo y se alojó en la casa de Pástor Tuárez, recomendado por un señor García, sé su nombre pero me niego a decirlo, no por miedo sino por respeto y cariño, algún vínculo familiar por la línea de los García nos unía, por qué no decirlo, uno de los jefes bravos de la banda, que siempre se lo vio caminar por las calles de Portoviejo, vestido de blanco y armado con revólver 38 de 6 tiros; con esa recomendación, durante 3 meses, vacunó contra la viruela a todos los pobladores de la zona, quedando solo por vacunar a Alberto “La Perdiz” Vélez, quien murió arrastrado y con muchos disparos realizados por los soldados del batallón Febres Cordero, comandado por un coronel Mancheno; batallón militar que a más de limpiar los campos de fábricas y contrabandistas de aguardientes, asesinar delincuentes y criminales, se dedicó a saquear viviendas; mataron inocentes, violaron a hermosas doncellas.

En estas tenebrosas y sanguinarias tareas de la “Febres Cordero” cayó “Pancho”

Cedeño en el río Portoviejo, le dieron la ley de fuga, al igual que lo hicieron luego con Pástor Tuárez en el campo manabita, y al que simulaban haber abatido en combate; a Pástor Tuárez, amigos y enemigos, le tejieron la leyenda de que después de asesinar a sus víctimas les arrancaba el corazón para comérselo, aún tibio y sanguinolento, hecho ceremonial que lo convertía en un ser poderoso e invencible.

Me contaba Ramón Andrade Pazmiño que él llegó a ser buen amigo de “Pancho” Cedeño, desde mucho antes que, en la vorágine de su existencia, se involucre en hechos delictivos; él talvez fue confidente y buen amigo, pues sus secretos y sus armas supo guardar, porque entonces y hasta hace poco tiempo el montubio no dejaba su machete o su revólver, eran y son de la idea de que las armas son para los hombres, que el que las carga las usa cuando sea necesario, porque al portarlas y no usarlas ante aleva ataque u ofensa a su honra corre el peligro de que el contrario se las quite y con las mismas le vaya dando; por eso, para evitar problemas en la ciudad y aparentar frente a los demás ser buen ciudadano, “Pancho” Cedeño guardaba sus armas en el almacén La Norma, donde uno encontraba de todo y todo era más barato, armas bien cuidadas por Ramón Andrade Pazmiño. Parece haber sido una vieja costumbre de los hombres del campo, la de llegar a la ciudad y guardar las armas en lugar o persona de confianza, porque “La Perdiz” lo hacía en el comercio de Bonifacio Cedeño, mientras Pástor Tuárez las dejaba recomendadas en la cantina de “Bolita” Acosta, cantina donde los Tauras se encerraban a beber aguardiente, a escuchar y cantar música rocolera.